

TRADUCTORES CASTELLANOS DE HORACIO.

MONOGRAFÍA BIBLIOGRÁFICA CON NOTICIAS É INDICACIONES ACERCA DE LOS PRINCIPALES COMENTADORES ESPAÑOLES DE ESTE LÍRICO LATINO.

I.

Doliéndome de que nuestra literatura careciese aún de una *Biblioteca de traductores*, dejado aparte el ligerísimo ensayo de Pellicer, y perdidos ó ignorados los posteriores del P. Bartolomé Pou, de Capmany y de D. Eustaquio Fernandez de Navarrete, determiné, tiempo há, llenar este vacío en cuanto mis fuerzas alcanzasen, y tras investigaciones asíduas no siempre desgraciadas, llegué á reunir buen número de materiales; en cuya ordenacion y crítica me he ocupado y ocupo todavía, hallándome muy próximo á terminar este trabajo, de no leve empeño, aunque de mérito poco ó ninguno. Por acomodarme al uso general de los bibliógrafos y facilitar el manejo de esta obra, más propia para consulta que para lectura seguida, adopté el orden alfabético de traductores, sin perjuicio de agruparlos por lenguas, autores interpretados, etc., etc., en índices finales. Y como no á todos agradan la disposicion y árido estilo de los libros bibliográficos, pensé que no sería inútil el formar con los datos mismos de la *Biblioteca*, ó con parte de ellos á lo ménos, una serie de monografías en que por modo más fácil y ameno, en cuanto la materia y el pobre ingenio del autor lo consienten, se diese cuenta de todas ó la mayor parte de las traducciones de cada autor ó grupo de autores, v. g., Homero, los trágicos griegos, los líricos, los historiadores, Aristóteles, Lucrecio, los elegíacos latinos, Virgilio, Horacio, Ovidio, *et sic de cæteris*, ilustrando la materia con citas y cotejos, y apuntando las noticias más curiosas que con los traductores se rozasen, para que de tal suerte quedase ilustrada en buena parte la historia de los estudios clásicos en nuestro suelo, materia sobrado importante que me propongo dilucidar, una vez recogidos todos los datos indispensables para tal intento. Tal fué el origen de la indigesta y desmañada memoria acerca de *intérpretes de Horacio* que há dos años escribí, y que hoy refundida y ampliada publico, no para solaz y recreacion, sino para tormento de los lectores de esta REVISTA.

Comenzaba la lucubracion antigua con una especie de pintura del Renacimiento, que hoy suprimo

porque supongo á los supradichos leyentes harto ilustrados para no ignorar ninguna de las cosas que allí apunté acerca del entusiasmo con que en aquella era feliz se cultivaron los estudios clásicos, sobre la influencia soberana ejercida por estos en la poesía moderna y sobre otras materias semejantes que pueden y deben pasar por lugares comunes. Tampoco ofrecería novedad alguna la indicacion de las principales ediciones horacianas, desde la de Venecia de 1478 hasta la última que haya salido de las prensas de Paris ó de Leipsig, ni el catálogo de los comentadores, escoliastas, ilustradores y críticos del venusino, grey innumerable que comienza en Acron y Porfirio, continúa en los Manucios, Erasmo, Moreto, Lambino, Cruquio, Torrencio, Glareano, Maneinello, Escalígero, Rodelio, Sardon, Dacier, Desprez, Bentley, Cuningham... y se prolonga hasta Walckenaer y otros modernos, franceses, ingleses y alemanes. No diré una palabra de los que dedicaron su estudio á la depuracion de los textos, ni de los que gustaron de introducir osadas variantes, ni de los que hicieron observaciones gramaticales, ni de los que explicaron alusiones, interpretaron pasajes dudosos y acumularon, sin utilidad á veces, notas tan eruditas como farragosas. Huiré absolutamente de tales preliminares, ya que cuanto yo pudiera decir y algo más puede verlo el curioso en la *Biblioteca latina* de Fabricio y en otros libros posteriores, y entraré de lleno en el asunto, que no es hablar en general de intérpretes y comentadores de Horacio, sino únicamente de los castellanos.

No con traducciones, sino con imitaciones empezó á manifestarse entre nosotros la influencia horaciana, al revés de lo que aconteció con otros clásicos. Horacio fué de los poetas latinos ménos saboreados en la Edad Media, y hasta muy entrado el siglo XV apenas encontramos reminiscencias de sus ideas y estilo. Ofrecenos una muy notable el esclarecido Marqués de Santillana que debió conocer ya, aunque en no muy correctos originales, las obras del lírico latino. Demuéstranlo las estancias XVI, XVII y XVIII de la *Comedieta de Ponza*, en las cuales felizmente parafrasea el *Beatus ille*:

¡Benditos aquellos que con el azada
Sustentan sus vidas é viven contentos,
É de cuando en cuando conocen morada
É sufren pascientes las lluvias é vientos!
Cá estos non temen los sus movimientos,

Nin saben las cosas del tiempo passado,
Nin de las pressentes se facen cuidado,
Nin las venideras dó han nascimientos.

¡Benditos aquellos que siguen las fieras
Con las gruessas redes é canes ardidos,
É saben las trochas é las delanteras,
E fieren del arco en tiempos debidos!

Cá estos por saña non son conmovidos,
Nin vana cobdicia los tiene sujetos,
Nin quieren thesoros nin sienten affetos,
Nin turban temores sus libres sentidos.

¡Benditos aquellos que, cuando las flores
Se muestran al mundo, desciben las aves,
É fuyen las pompas é vanos honores,
É ledos escuchan sus cantos süaves!

¡Benditos aquellos que en pequeñas naves
Siguen los pescados en pobres traynas,
Cá estos non temen las lides marinas,
Nin cierra sobre ellos fortuna sus llaves!

Justamente obtuvo este bellissimo pasaje las alabanzas del docto Hernando de Herrera, que le transcribe en las *Anotaciones á Garcilasso*. El poema á que pertenecen las estancias transcritas permaneció inédito hasta nuestros dias, en que sucesivamente le imprimieron D. Eugenio de Ochoa en las *Rimas inéditas de D. Iñigo Lopez de Mendoza, Fernan Perez de Guzman*, y otros poetas del siglo XV (Paris, 1844), y D. José Amador de los Rios en su excelente edicion de las *Obras del Marqués de Santillana* (1).

II.

En el siglo siguiente, época del mayor florecimiento de los estudios clásicos entre nosotros, ábrese la série de traductores é imitadores horacianos, no ménos que con Garcilasso, que si no interpretó de propósito ninguna oda del venusino, emuló gallardamente en *La Flor de Gnido* las increpaciones de Horacio á Lidia, seductora del jóven Síbaris:

Por ti como solía
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía, etc.

Y es muy de notar esta oda, tanto por su belleza intrínseca, como por ser la primera composicion lírica verdaderamente y del todo *clásica* que aparece en nuestro Parnaso; *clásica* al modo latino, no al toscano; clásica en las ideas, en la sobriedad, en la

(1) El códice de que se valió Herrera pertenecía á Argote de Molina.

En esta carta se ha conservado con leve alteracion el nombre de *traynas*, hoy *traineras*, en significacion de lanchas pescadoras, usado por el Marqués de Santillana.

rapidez, y hasta en el corte rítmico. En varios pasajes de sus églogas, canciones y sonetos demuestra asimismo el vate toledano estar empapado en las ideas y en el estilo de Horacio, cuyos pensamientos sabe hacerse propios con aquella facultad de asimilacion que tanto le separa de los imitadores vulgares.

Al frente de los traductores en verso debiéramos colocar el nombre ilustre de D. Diego Hurtado de Mendoza, á ser realmente suya la animada y elegante traduccion del *Soluitur acris hyems* (oda 4.ª del libro I de Horacio), que á su nombre insertó Pedro de Espinosa en las *Flores de poetas ilustres*. Véanse algunas octavas de esta version, quizá un poco parafrástica, pero en lo demas excelente:

Ya comienza el invierno riguroso
A templar su furor con la venida
De Favonio suave y amoroso,
Que nuevo sér da al campo y nueva vida;
Y viendo el mercadante bullicioso
Que á navegar el tiempo le convida,
Con máquinas al mar sus naves echa,
Y el ocio torpe y vil de sí desecha.
Ya no quiere el ganado en los cerrados
Establos recogerse, ni el villano
Huelga de estar al fuego, ni en los prados
Blanquea ya el rocío helado y cano:
Ya Vénus con sus ninfas concertados
Bailes ordena, miéntras su Vulcano
Con los Ciclópes, en la fragua ardiente,
Está al trabajo atento y diligente.
Ya de verde arrayán y várias flores
Que á producir el campo alegre empieza,
Podemos componer de mil colores
Guirnaldas que nos ciñan la cabeza.
Que bien tienes ¡oh Sexto! ya entendido
Que la muerte amarilla va igualmente
A la choza del pobre desvalido
Y al alcázar real del rey potente:
La vida es tan incierta y tan medido
Su término, que debe el que es prudente
Entrever el deseo y la esperanza
De cosas cuyo fin tarde se alcanza. Etc., etc.

Pero dudo mucho que esta oda traducida pertenezcan á Mendoza, y conmigo lo dudará todo el que repare en lo perfecto y acabado de las formas métricas de esta composicion. Cotéjense estos endecasílabos con los de Boscán en el *Templo de Amor*, que imitó del Bembo, con los del mismo Mendoza en la *Fábula de Adónis*, *Hipoménes* y *Atalanta*, y se palpará muy notable diferencia. Ni Boscán ni Mendoza, que tan fatal aficion tenían á los finales agudos, y tan sin medida los empleaban, y tan descuidados eran en cuanto al número y armonía de

los versos, hubieran escrito estas octavas, compuestas sin duda á mediados del siglo XVI, cuando ya Gregorio Silvestre había fijado la ley de los acentos en el endecasílabo, y el buen gusto había desterrado de las obras de arte mayor los versos agudos. En la traducción que ántes cité, nunca se observan tales defectos; y fuera de una estancia asonantada (descuido comun en nuestros mejores poetas), puede pasar por un modelo en la parte métrica. Además, es extraño que semejante oda no parezca en las *Obras poéticas del insigne caballero D. Diego de Mendoza, recopiladas por Frey Juan Diaz Hidalgo, del hábito de San Juan*, é impresas en Madrid por Juan de la Cuesta en 1610. Hidalgo debió conocerla, porque las *Flores de poetas ilustres* se habían impreso cinco años ántes, y debió insertarla porque no era escabrosa ni para omitida, como los elogios de la cola, de la pulga (1) y de la zanahoria, que juzgó conveniente dejar inéditos por respeto á la pública honestidad. A mi entender, no incluyó la oda á *Sextio*, por constarle no ser obra del insigne político, capitán, historiador y poeta, sino de Fr. Luis de Leon, á cuyo nombre se ha publicado siempre, excepto en el libro de Espinosa, quien pudo muy bien equivocarse en esta como en otras atribuciones hechas de ligero y sin suficiente prueba. Contra su autoridad milita la de todos los códices de obras de Fr. Luis de Leon; la de todas las ediciones de las poesías del mismo agustino y la prueba de estilo que, aunque no segura, por sí sola contribuye á robustecer las pruebas del hecho. Por lo demas, D. Diego de Mendoza anduvo feliz en la imitación de algunas epístolas horacianas, especialmente de la dirigida á Munacio, que comienza *Nihil mirari*, recordada por nuestro poeta en la que enderezó á su grande amigo Boscán:

El no maravillarse hombre de nada
Me parece, Boscán, ser una cosa
Que basta á darnos vida descansada.....

Casualmente he citado el nombre egregio de Fray Luis de Leon, y este es lugar oportuno para hablar de sus versiones horacianas. Excusado sería detenerme en encarecimientos y alabanzas á las poesías originales de nuestro primer lírico, pues ni quiero repetir lo sabido, ni hallo palabras dignas de su gloria, ni es este lugar oportuno como no sea para repetir una vez más

Onorate l'altissimo poeta.....

Baste decir, por lo que á mi propósito se refiere,

(1) Atribúyense por algunos á Gutierre de Cetina; pero es más creíble que pertenezcan á Mendoza, cuyo nombre llevan en muchos códices.

que Fr. Luis de Leon encarnó su vigoroso pensamiento en las formas de la poesía antigua, y en especial en las de Horacio, *vertiendo en las antiguas tinajas vino nuevo, ó trabajando con manos cristianas el mármol gentilico*, para valernos de una frase exacta y feliz. Pero no de sus odas *propias*, sino de las *traducidas* voy á tratar, apuntando ante todo algunas noticias bibliográficas convenientes y áun necesarias.

Las poesías del maestro Leon se dividen en tres libros, de los cuales abraza el primero las originales, el segundo las traducciones de poetas profanos y el tercero las de algunos salmos, capítulos de Job y otras poesías bíblicas. Existen diferentes ediciones que registraré por su orden.

En 1574, hallándose Fr. Luis en las cárceles del Santo Oficio, publicó el Brocense sus anotaciones á Garcilasso, insertando en ellas las traducciones de las odas X y XXII del libro 1.º, XII del 4.º, y II del *Epodon*, de Horacio, poniendo en la primera la advertencia siguiente: «Y porque un docto de estos reinos la tradujo bien, y hay pocas cosas de estas en nuestra lengua, la pondré aquí toda, y lo mismo entiendo hacer en el discurso de estas anotaciones.» Calló sin duda el nombre del intérprete por no atizar el odio de sus perseguidores.

Cuarenta años despues de la muerte de Fr. Luis de Leon, deseoso D. Francisco de Quevedo de oponer un dique al torrente del culteranismo, hizo correr de molde las rimas del sabio agustino, valiéndose de un manuscrito mendoso é incompleto que le facilitó el magistral de Sevilla D. Manuel Sarmiento de Mendoza, amigo de Justo Lipsio y docto ilustrador de Marcial. Hé aquí la nota bibliográfica del tomo estampado por Quevedo:

«*Obras propias y traducciones Latinas, Griegas y Italianas. Con la paráfrasi de algunos Psalmos y capítulos de Job. Autor el doctísimo y reverendísimo padre Fr. Luis de Leon, de la gloriosa orden del grande doctor y patriarca San Agustin. Sacadas de la librería de D. Manuel Sarmiento de Mendoza, canónigo de la magistral de la Santa Iglesia de Sevilla. Dálas á la impresion D. Francisco de Quevedo Villegas, caballero de la orden de Santiago. Ilústralas con el nombre y la proteccion del Conde-Duque, gran canceller, mi señor. Con privilegio.—En Madrid.—En la Imprenta del Reino.—Año de MDCXXXI.—A costa de Domingo Gonçalez, mercader de libros. 16.º, 228 fs.*»

Lleva aprobaciones de Valdivielso y Vánders-Hanmen, y se encabeza con dos notables discursos de Quevedo, enderezado el uno á Sarmiento, y al Conde-Duque el otro.

Reimprimiéronse estas poesías el mismo año en Milan, por Felipe Guisolfi, dedicadas al duque de Feria, D. Gomez Suarez de Figueroa y Córdoba.

Ambas impresiones salieron afeadas con graves erratas, y una y otra carecen de gran número de poesías auténticas, al paso que encierran otras con error atribuidas al maestro Leon. Durante el siglo XVII no tornaron á reproducirse, y solo en el segundo tercio del XVIII el erudito valenciano don Gregorio Mayans Siscar diólas de nuevo á la estampa (Valencia, 1761, por Joseph Tomás Lucas) acrecentadas con la glosa del *Miserere* (1) y la cancion á *Cristo crucificado*, que atribuyó á Fray Luis, y es de Miguel Sanchez (2). Corrigiéronse en esta edicion valenciana muchos yerros, quedando, no obstante, algunos bien de notar, entre ellos la repeticion (en las páginas 7 y 70) de la oda al nacimiento de la hija del Marqués de Alcañices, repeticion conservada por el mayor número de editores modernos que ni siquiera han reparado en ella. Y copias fieles del tomo estampado por diligencia de Mayans son las ediciones de 1785, 1791 y otras muy conocidas que fuera supérfluo enumerar.

A pesar de todo, estas reimpressiones incompletas y llenas aún de erratas no podían satisfacer el anhelo de los eruditos y aficionados á Fr. Luis, y hacíase cada dia más necesaria una edicion completa y esmerada. Con tal fin, el agustino P. Mendez, compañero y biógrafo de Florez, comenzó á reunir poesías inéditas del autor de los *Nombres de Cristo*, y noticias para su vida, unas y otras sin gran método ni crítica, hasta formar dos enormes volúmenes llenos en gran parte de las malas compañías que, segun Fr. Luis, se juntaron á sus versos. El docto y diligente autor de la *Tipografía española* comunicó buena parte de sus hallazgos al colector del *Parnaso español* D. Juan José Lopez Sedano, quien, sin pararse en barras, incluyó en su coleccion precisamente las de autenticidad más dudosa. Ni con los trabajos de Mendez, ni con las atropelladas publicaciones de Sedano adelantaron nada las poesías de Leon. Por fin, en los primeros años de la presente centuria, un muy docto agustino, segundo continuador de la *España sagrada*, puso mano en la tarea de reunir y depurar las producciones de su ilustre compañero de hábito, para lo cual reconoció gran número de códices, separó con diligencia las obras legítimas de las de autenticidad controvertible y dió á luz una excelente coleccion, hoy harto olvidada con ser la *única* completa, la *única* que hace fe, y la *única* en que podemos leer el texto libre de los absurdos de editores y copistas. Consta de seis volúmenes en 4.º, y el último, que abraza las poesías, fué impreso en 1816. Pero como

(1) Hay una edicion antigua y muy rara de esta poesía (Salamanca, 1607) en pliego suelto.

(2) Imprimióse anónima en Madrid, 1618, y á nombre de Fr. Luis, en Madrid, 1727, y Valencia, 1757.

si no existiese ni quedase memoria de ella, los editores más recientes han prescindido de su texto para atenerse al de Mayans, siendo imperdonable el pecado del colector del tomo XXXVII de la *Biblioteca* de Rivadeneyra, que dió como *inéditas* varias composiciones ya vulgarizadas por el Padre Merino.

Contienen todas las ediciones de Fr. Luis las odas siguientes traducidas de Horacio.

Del libro primero:

- I. *Mæcenas atavis.*
- IV. *Soloitur acris hyems.*
- V. *Quis multa gracilis.*
- VI. *Cum tu, Lydia.*
- XIV. *Oh navis, referent in mare.*
- XIX. *Mater sæva cupidinum.*
- XXII. *Integer vitæ.*
- XXIII. *Vitas hinnuleo.*
- XXV. *Oh Venus Regina.*
- XXXIII. *Albi, ne doleas.*

Del libro segundo:

- VIII. *Ulla si juris tibi pejerati.*
- X. *Rectius vives, Licini.*
- XIV. *Eheu fugaces.*
- XVIII. *Non ebur neque aurum.*

Del libro tercero:

- IV. *Descende cælo.*
- VII. *Quid fles, Asterie.* (Imprimióse á nombre del Brocense, al fin de las poesías del bachiller Francisco de la Torre.)
- IX. *Donec gratus eram tibi.*
- X. *Extremum Tanaim.*
- XVI. *Inclusam Danaem.*
- XXVII. *Impios paræ.*

Del libro cuarto:

- I. *Intermissa div.*
- XIII. *Audivere Di, mea Lyce.*

Del *Epodon*:

- II. *Beaus ille.*

Hállanse sólo en la edicion del P. Merino, que las tomó de un manuscrito de la Biblioteca Colombina, las que á continuacion registramos:

Del libro primero:

- XIX. *Mater sæva Cupidinum.* Distinta de la impresa, superior á ella, y muy digna de Fr. Luis de Leon.
- XXIV. *Quis desiderio.* Están trocados los nombres de Virgilio y Quintilio en Francisco (quizá el Brocense), y D. Juan (acaso de Almeida).
- XXXIII. *Albi, ne doleas.* Distinta de la impresa.

Del libro segundo:

- VIII. *Ulla si juris.* Diversa de la generalmente conocida.
- XI. *Non semper.*

XVI. *Otium Divos.*

Del libro tercero:

IX. *Donec eram gratus.* Distinta de la impre-
presa.

A nombre de Fr. Luis aparecen asimismo en varios códices la traducción que hizo el Brocense del *Quis multa gracilis* y la que del *Ulla si juris* trabajó Lupercio Leonardo de Argensola.

Es indisputable que las siete versiones dadas á conocer por Fr. Antolin Merino, pertenecen á poetas de la escuela salmantina, y que sin desdoro pueden atribuirse al maestro Leon; pero me parece asimismo fuera de duda que no todas le pertenecen, y quizá algunas sean del Brocense, de Formon, de Espinosa, de Almeida ó de algun otro poeta de la misma época y estilo. Hasta ahora no he hallado datos que lo confirmen; pero el haber en el códice poesías de estos y otros autores, induce á sospechar que algun copista trastrocó las producciones de unos y de otros. Y desde luego da que pensar el ver incluidas entre estas traducciones una que conocidamente es de Francisco Sanchez y otra del mayor de los Argensolas.

En cuanto á las 23 ó 24 que sin género de duda son de Fr. Luis, diré, con perdon de Búrgos, que pocas, muy pocas de las castellanas, aun de las trabajadas con mayor esmero, tienen un sabor tan horaciano como las del autor de *La Perfecta casada*, con ser incorrectas, desaliñadas y abundar en versos flojos, y ofrecer algunos yerros evidentes en la inteligencia del sentido, *lapsus* que en buena ley no pueden achacarse á la incuria de los impresores, por no haber modo de salvar el tropiezo, ni constar en los manuscritos variante alguna. Tal acontece en la oda XVIII del libro III.

Quid quod usque proximos
Revellis agri terminos, et ultrà
Limites clientium
Salis avarus.

Donde traduce Fr. Luis de Leon:

Tomando vas á todos
Tus vasallos la tierra que han comprado,
Y por todos los modos
Que puedes, en sus tierras te has entrado,
Y de sal avariento
Solo á robar lo ajeno estás atento.

Inadvertencia notable fué tomar la segunda persona del verbo *salio* por el genitivo de *sal*.

Mas á pesar de esto, repito que las versiones de Horacio hechas por el autor de la *Noche serena*, además de la importancia que tienen como ensayos preliminares á sus magníficos cantos líricos, se leen

con placer sumo, porque están empapadas en el espíritu del original, y si no reproducen muy fielmente las formas poéticas del venusino, trasladan á lo ménos su pensamiento con exactitud notable: son trabajos de un poeta que traduce á otro poeta, en muchas cosas de su temple, afin en el estro lírico, aunque en las fuentes de inspiracion haya diferencia.

Como muestra de las traducciones incluidas sólo en la edicion del P. Merino, transcribiré la del *Albi ne doleas*:

Para que en demasia,
Albio, no te dé pena la aspereza,
Ni en llorosa alegría
De Glicéra lamentos la dureza,
Porque con fe inconstante
Estimá, más que á tí, su nuevo amante,
Mira como la bella
Lycóris por amor en viva llama
De Cyro arde, y á ella
Ves como el duro Cyro la desama,
Con fé sincera y pura
Inclinándose á Phóloe áspera y dura.
Pero verán primero
Que sin temor las cabras han pacido
Con el lobo más fiero
Que la arenosa Lybia ha producido,
Que Pholoé al deseo
Corresponda de aqueise amante feo.
Vénus así lo ordena,
Á la cual da contento que con dura
Y áspera cadena
Dos diversos en alma y en figura
Estén presos, y el fuego
Atiza alegre del sangriento juego.

No veo claramente en esta oda el estilo de fray Luis de Leon. Los doctos decidirán si puede ó no con fundamento atribuírsele.

Después de los trabajos del sabio expositor del libro de Job, merecen especial aprecio los de su amigo Francisco Sanchez de las Brozas, catedrático de retórica y lengua griega en la insigne universidad de Salamanca, bien conocido por sus trabajos filológicos y en especial por su docta *Minerva seu de causis linguæ latinæ*, impresa en Salamanca por vez primera, el año 1587, y reproducida después catorce veces por lo ménos, siempre en el extranjero. Dedicó el Brocense buena parte de sus tareas á la ilustracion de autores clásicos, hizo una excelente edicion de la *Geografía* de Pomponio Mela, comentó las *Eglogas* de Virgilio, las *Sátiras* de Persio, el *Ibis* de Ovidio, el *Ternario* de Ausonio, las *Silvas* de Angelo Policiano, y los *Emblemas* de Alciato, y publicó dos exposiciones distintas de la *Poética* de

Horacio. La primera impresa, el año 1571, en Amberes, al fin de su tratado *De arte dicendi*, es muy breve y lleva el título siguiente: *De auctoribus interpretandis sive de exercitatione poetica praecepta*. La segunda, mucho más extensa y notable, fué estampada en Salamanca, en 1591, con el título de *In artem poeticam Horatii annotationes... Apud Joannem et Andream Renaut fratres*. Aprobóla el doctor Gomez de Contreras, y exornáronla con versos laudatorios Francisco Morales Cabrera, Juan Bautista Munguía y Luis de Cabrera Morales. El comentario está distribuido del modo siguiente: viene primero el texto dividido por preceptos, á continuación la *Ecphrasis* ó paráfrasis, y al fin las *anotaciones*, que son breves, pero sustanciales y de provechosa enseñanza. Al comienzo de cada seccion hay un resumen de su contenido. Entrambas exposiciones pueden verse en el tomo II de la completa edicion de las obras del Brocense, hecha en Ginebra el año de 1776, por diligencia de Moyano (1). El mismo erudito valenciano pensó imprimir suelta la *Ecphrasis*, seguida de la traduccion en verso castellano de la *Poética* horaciana, hecha por Vicente Espinel; pero hubo de desistir de tal intento, aunque llegó á escribir un prólogo, que puede verse en el tomo III de sus *Cartas*. Tradujo además Francisco Sanchez algunas odas de Horacio, que vieron la luz al fin del libro rotulado:

«Obras del bachiller Francisco de la Torre. Dálas á la impresion D. Francisco de Quevedo Villegas, caballero de la orden de Santiago. Ilústralas con el nombre y proteccion del Excmo. Sr. D. Ramiro Felipe de Guzman, duque de Medina de las Torres, marqués de Torál, etc. Con privilegio, en Madrid, en la imprenta del Reino. Año de MDCCXXXI. A costa de Domingo Gonzalez, mercader de libros, 16.º, 150 fs. Con aprobaciones de Vándel-Hanmen y Valdivielso, y una dedicatoria y un prólogo á los que leerán, suscritos por Quevedo (2).

Supérfluo sería detenernos á probar la existencia real y positiva del asendereado Bachiller, despues que el doctísimo D. Aureliano Fernandez-Guerra

(1) Francisci Sanctii Brocensis in inclyta Salmanticensi Academia emeriti, olim Rhetorices et Latinæ Græcæ Linguæ Doctoris opera omnia una cum ejusdem scriptoris, auctore Gregorio Majansio, generoso Valentino. Genevæ, apud fratres de Tournes, 1766, 4 vols. 8.º, á los cuales debe agregarse la *Minerva* impresa en tomo separado por los mismos editores.

(2) Hay reimpression del siglo pasado con este rótulo, fundado en un yerro del editor:

«Poesías que publicó D. Francisco de Quevedo Villegas, caballero del orden de Santiago, señor de la Torre de Juan Abad. Añádesse en esta segunda edicion un discurso en que se descubre ser el verdadero autor el mismo don Francisco de Quevedo, por D. Luis Joseph Velazquez, etc. Con privilegio, en Madrid, 1753, 6 hs. sin foliar, XX de prólogo y 170, más 20 sin foliar, de texto.

puso en claro y fuera de discusion este punto en su discurso de entrada en la Academia Española, y en sus ilustraciones á las obras de Quevedo. Tampoco es del caso detenernos á elogiar el mérito de los delicadísimos versos de Francisco de la Torre, á quien corresponde sin duda el segundo lugar entre los poetas de la escuela salmantina. Aquí sólo cito las obras del cantor de *La cierva* y de *La tórtola* para advertir que en sus últimas páginas aparece un curioso apéndice dirigido por D. Juan de Almeida á los lectores, en que, aparte de otras observaciones, dice el caballero portugués que comunicó al Brocense los versos del autor de la *Bucólica del Tajo*, y que el de la *Minerva* prestóse de buen grado á acompañarlas con traducciones suyas de Horacio y del Petrarca. Las primeras son, citándolas por el orden en que allí se insertan:

Oda 10.ª del libro II: *Rectiús vives, Licini*.

Idem 5.ª del I: *Quis multa gracilis*.

Idem 14.ª del mismo: *Oh navis, referent in mare*.

Idem 9.ª del III: *Quid fles, Asterie*.

Esta última no es del Brocense, sino de Fr. Luis de Leon, entre cuyas poesías se ha impreso siempre. Cométese en ella una extraña licencia que le era peculiar, la division de los adverbios en *mente* al fin del verso, sobre lo cual le defendió eruditamente D. Juan de Almeida con citas de griegos, latinos y toscanos.

Como muestra de las traducciones del Brocense, voy á trascribir la que con suma precision, sobriedad y acierto hizo del *Rectiús vives*, segundo ensayo que conozco de *sáficos* castellanos despues de los del arzobispo Antonio Agustin, verdadero introductor de este metro nuevo ántes de Bermudez y Villegas.

Muy más seguro vivirás, Licino,
No te engolfando por los hondos mares,
Ni por huirlos encallando en playa
Tu navecilla.

Quien adamare dulce medianía
No le congojan viles mendigueces,
Ni le dementan con atruendos vanos
Casas reales.

Más hiere el viento los erguidos pinos,
Dan mayor vaque las soberbias torres,
Y en las montañas rayos fulminantes
Dan batería.

Vire con pecho bien apercebido
Que en las riquezas tema la caída,
Y en la caída espere, que fortuna
Suele mudarse.

Júpiter suele dar y quitar frios,
Mala fortuna suele variarse,
Cantas á veces, y no siempre el arco
Flechas, Apolo.

En casos tristes fuerte y animoso
Muestra tu pecho, y con prudencia suma
Coge las velas, cuando te encontrares
Entronizado (1).

La oda 14.ª del primer libro fué traducida en competencia por D. Juan de Almeida, D. Alonso de Espinosa y el maestro Sanchez, los cuales convinieron en someterse á la decision de Fr. Luis, dirigiéndole esta carta:

«Puede V. P. quejarse de haber sido importunado en tiempo que le obliguen á gastarle en cosas que tan poco valen y en juzgar el mal romance que va en esos navíos. Dios les dé más ventura que á sus dueños en fabricarlos y á V. P. en juzgar estos tres diablos, aunque más bien acondicionados que las tres Diosas, pues se dan por contentos de cualquier sentencia. La oda es la 14.ª del libro primero de Horacio, compuesta como novia de aldea por tres malos poetas como ciertos servidores de V. P.»

A cuya donosa epístola respondió con la misma discrecion el sabio juez en estos términos:

«Yo tengo á buena dicha cualquier ocasion que sea comunicar con tan buenos ingenios, aunque el juzgar entre ellos es muy dificultoso, y en este caso más, donde cada cosa en su manera no se puede mejorar. La tercera oda tomó un poco de libertad, extendiéndose más de lo que permite esta ley del traducir, aunque en muchas partes sigue bien las figuras de Horacio, y parece que le hace castellano. En las otras dos, que son más á la letra, hay en cada una de ellas cosas muy escogidas. Al fin, señores, el caso es que yo quiero ser marinero con tan buenos patronos y no juez, y así yo tambien envió mi *nave*, y tan mal parada como cosa hecha en una noche.»

No reproduzco en este lugar las cuatro traducciones porque son muy conocidas y pueden leerse en el *Apéndice* supradicho, y aún en la biografía de Fr. Luis escrita por Mayans, que tambien reprodujo esta curiosa *anécdota*, que pudiéramos llamar *de costumbres literarias* del siglo XVI.

Francisco de la Torre (ya que de él hemos hablado) imitó la misma oda de *la nave* en la suya tan conocida y celebrada que comienza:

¡Tírsis, ah Tírsis, vuelve y endereza...

y en nada son inferiores á la oda de Horacio estas dos estrofas, ántes me parecen superiores por la viveza, la rapidez y la enérgica concision:

El frio Bóreas y el helado Noto
Apoderados de la mar insana

(1) El obispo Caramuel reproduce en la *Ritmica* algunas estrofas de esta oda, que abunda en versos no sáficos por mal acentuados.

Anegaron agora en este puerto
Una dichosa nave.
Clamó la gente misera, y el cielo
Escondió sus clamores y gemidos
Entre los rayós y espantosos truenos
De su turbada cara (1).

Continuando el Bachiller la tradicion lirico-clásica de Garcilasso y Fr. Luis, sigue el estilo y aún reproduce pensamientos de Horacio en otras odas, v. g., las que empiezan:

Mira, Filis, furiosa...
Amintas, nunca del airado Júpiter...
Viste, Filis, herida...
Amintas, ni del grave mal que pasas...
¡Oh tres y cuatro veces venturosa...

Francisco de Figueroa, laureado poeta complutense, amigo de Cervantes, que le introdujo en su *Galatea* con el nombre de Tírsis, hizo una bella y ajustada imitacion del *Oh navis*, en la cancion que principia:

Cuitada navecilla
Por mil partes hendida
Y por otras dos mil rota y cascada,
Tirada ya á la orilla
Como cosa perdida
Y de tu mismo dueño abandonada,
Por inútil dejada
En la seca ribera,
Fuera del agua y de las ondas fuera...

El licenciado Luis Tribaldos de Toledo la llama *inimitable imitacion en que no sólo parece imitar, sino igualar y aún exceder al venusino en gala, copia y realce de pensamientos, pureza de idioma y todo cuanto un excelente poeta es obligado á hacer con eminencia* (2).

M. MENENDEZ PELAYO.

(Continuará.)

(1) Obras del bachiller Francisco de la Torre, edicion de Velazquez, pág. 48.

(2) La primera edicion (muy incompleta) de las poesías del *divino* Figueroa fué hecha en 1626 por Pedro Craesbeck, en Lisboa, acompañada de un *discurso* del cronista Luis Tribaldos de Toledo, y de versos laudatorios de Lope de Vega, Vicente Mariner, Cristóbal de Mesa, Jáuregui, Silveira y Pereira de Castro. Aumentadas con una cancion, fueron reimpresas en Madrid, 1804, imprenta Real, 78 páginas, 8.º

LA REFORMA DE LA FAMILIA.

Es un hecho, que desgraciadamente no necesita demostracion, que la familia se halla algo perturbada en todas partes, y muy especialmente en Francia.

No me falta, pues, razon para preocuparme de su reforma.

Hace diez años traté de este mismo asunto en el púlpito de Nuestra Señora; y como mi punto de vista no ha cambiado y mis convicciones se han afirmado, desarrollándose, en igual sentido hablaré hoy que entónces, y hasta emplearé algunas veces las mismas palabras.

Léjos de opinar como esos espíritus quiméricos, ya que no sean perversos, que pretenden mejorar la familia precipitándola en el camino de las innovaciones, creo que á ella, mejor que á otras muchas cosas, se puede aplicar la máxima de Maquiavelo, que con este motivo me permito citar de que «Sólo se reforma una institucion volviéndola hácia su principio.»

¿Cuál es el principio de la familia? ¿Es una especie de legalizacion por el Estado, y aún por la religion, de los instintos más ó ménos inferiores del sér humano? Me avergüenzo de tener que formular semejante pregunta; pero el sentido moral de muchos hombres es todavía bastante grosero para hacerla necesaria. Si la familia no fuera más que eso, las almas generosas se alejarían con orgullo y adoptarían por divisa el verso antiguo de Homero: «Vivir sin mujer y morir sin hijos.» No es este el punto de vista en que se ha colocado el cristianismo: si es verdad que tratándose de almas excepcionales, y en casos excepcionales tambien, ha presentado el tipo del ascetismo absoluto, cierto es igualmente que ha glorificado á la vez la familia y la ha abierto á todos, no como un refugio tolerado para los débiles, sino como un santuario consagrado para los fuertes.

Así, pues, el principio de la familia y del matrimonio, que es la base, no debe buscarse en esas bajas regiones sobre las que hubiese querido no hacer la más ligera indicacion. ¿Es preciso buscarlo en la paternidad? ¡Ah! entre las grandezas ó elevaciones del órden humano, la paternidad es una de las más sublimes. Considerándola, decia San Pablo: «Doblo la rodilla ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien procede toda paternidad en el cielo y sobre la tierra.» La paternidad es una cima, y, sin embargo, esta cima aún no es bastante elevada, y no es en ella donde la familia humana ha establecido su trono; es, á lo sumo, el escabel glorioso de sus piés, pero no el asiento de su potestad.

¿Cuál es, pues, el principio de la familia humana? La paternidad es un hecho capital, sin duda; pero

un hecho extrínseco y que por lo tanto no podría constituir la esencia íntima de la union de los esposos. Preguntad á la razon y ella os dirá que cuando se trata de personas no es lo mismo que cuando se trata de cosas: se ama una cosa por sí, se ama á una persona por ella misma. ¡Ah! si la paternidad fuera el único objeto del matrimonio, la esposa desaparecería ante la madre, la compañera del hombre no sería más que un medio, un noble y sagrado medio de perpetuar nuestra raza, pero un medio al fin. El Asia entónces aventajaría á la Europa, y la barbarie musulmana sería preferible á la monogamia cristiana. Y es preciso que esto no sea así; es preciso que la familia repose esencialmente sobre el amor personal, sobre el amor desinteresado de dos séres humanos que se aman por amarse, que recíprocamente se toman por objeto ó fin de su vida, y que encuentran en el desinterés de esta eleccion el gran complemento de su existencia moral. Porque así como cuando el hombre ama á Dios, cuando ama la verdad, la absoluta justicia, es por la excelencia misma del objeto de su amor, y, sin embargo, encuentra en ello, como recompensa, en inagotable medida, goces de la razon, del corazon y de la conciencia; así tambien, cuando se unen dos esposos y se consagran uno á otro tomándose por término desinteresado de su amor, hallan precisamente en esto el complemento de su mutua felicidad. El hombre no es la humanidad; la mujer tampoco lo es; pero el hombre y la mujer son los dos fragmentos, la tésis y la antítesis, si se quiere, que deben reunirse en la sublime síntesis del matrimonio humano y divino al mismo tiempo. Consultando la Biblia sobre este punto se ve cuán profunda filosofía encierran sus páginas, demasiado poco meditadas. Se ve ese desarrollo armonioso y progresivo de la creacion material, y ese nacimiento del hombre, espíritu en la carne, carne en el espíritu, coronando sobre el globo la obra del pensamiento creador. El Génesis tambien nos habla de la creacion de la mujer, de esa division de la naturaleza humana, en su parte viril y racional y en la femenina é impresionable. El Génesis nos trasporta á lo que en él se llama el Edén.

¿Qué extraño es que la humanidad haya tenido principio en el Edén? No tratamos de saber si esta es la historia más ó ménos literal de dos individuos, ó si no es más, como creía Orígenes, que la historia simbólica, pero á la vez revelada del origen moral y religioso de nuestra grande especie. Por nuestra parte, nada nos admira ó nos asombra que el relato bíblico haga empezar á la humanidad en el Edén, puesto que en él comienza el individuo. ¿Acaso hemos tenido nosotros distinto origen? ¿No nace el hombre en la naturaleza como en un jardin encantado, cuyas formas, colores y perfumes tienen para

su infancia atractivos, delicias y revelaciones que más tarde no sabría apreciar? ¿No ha tenido nuestra vida su aurora y su primavera, aurora y primavera que creemos eternas? ¿No ha empezado nuestra existencia por un inolvidable sueño de inocencia y felicidad?

Henos aquí, pues, con Adán en el Paraíso, y ésta escena nos enseña, en primer lugar, que estamos allí en las regiones ideales de la naturaleza humana, y después que nada tenemos que ver con los instintos del ser débil y abatido. Estamos en el Paraíso: la naturaleza humana se nos representa, si no acabada, magníficamente bosquejada en el que con más propiedad ha conservado el nombre de hombre, y lo que más brilla en su frente desde luego es el poder del pensamiento y de la voluntad. El apóstol San Pablo, comentador de Moisés, sin saberlo, nos dice que el hombre es la cabeza de la mujer. Pues bien, ya tenemos la cabeza que preside y manda; ante su profunda mirada se extiende la creación; se ostenta ésta con sus más privilegiados seres, los que más se aproximan al hombre, los animales. Los labios de Adán se animan y los nombra. ¡Oh! filosofía, hé aquí la diferencia entre el hombre y el bruto: la palabra. La ciencia podrá acercarse cuanto quiera las especies; la palabra quedará, no como un matiz, no como un grado, sino como un abismo entre él y ellos; porque la palabra es el signo y el instrumento del pensamiento abstracto, del pensamiento reflexivo y libre. Y en tanto que no se haga brotar la palabra y la sonrisa de los espesos labios del bruto, tampoco se habrán estrechado los bordes del abismo que para siempre separa al ser que piensa del que no piensa.

El hombre llamó por su nombre á la creación, la comprendió y la presidió; y, sin embargo, en medio de tanta dicha, á pesar de este poder y de esta inteligencia, el hombre no era feliz. Adán no encontraba un auxiliar semejante á él; su razón buscaba la vida: su cabeza se inclinaba hácia su corazón. Y aquí comienza la segunda escena del drama genésico. Se sumergió en un profundo sueño... ¡ah! dejadme exclamar una vez más: ¡oh, filosofía! ¡oh, profundidad del pensamiento bíblico! Retirémonos, si quereis, con el primer hombre de esta escena ordinaria, iba á decir vulgar, á la que la vigilia nos transporta cada mañana y en la que nos retiene hasta la noche; escena que llamamos el mundo real, y que no es otra cosa que el mundo aparente, los fenómenos *φαινόμενα*, las formas que aparecen, y no las sustancias que residen, los efectos que se dejan sentir y no las causas que los producen. Refugiémonos también nosotros en el sueño de los sentidos, en esa intuición directa, en esa profunda contemplación, en ese éxtasis intelectual y racional, en el que parece que el mundo se deja ver en toda su

profundidad. «Y Adán cayó en un profundo sueño.» Aquí es, al principio de las cosas, y no en el mundo que habitamos, donde se opera, por los siglos de los siglos, la división primitiva de la naturaleza humana. La mujer no es un ser extraño al hombre; no se forma por un soplo diferente al suyo, no se forma, como él lo fué de la arcilla, de sustancias inferiores; se desprende del hombre mismo como su conciencia, y, repitiendo las palabras de San Pablo, como su gloria: «La mujer, dijo, es la gloria del hombre.» Sale del hombre, pero no de su frente; la frente es la mansión del pensamiento: ¡Ah! ese resplandor, esa llama, esa gloria sale del corazón; ahí es donde el relato genesiaco nos muestra su origen, y cuando se realiza esta división espiritual, es cuando se completa la naturaleza humana y el Creador entra, por lo que se refiere á este mundo, en su triunfo y su descanso. Ahora tenemos ya al hombre completo, con cabeza y corazón; el corazón que va á pensar en la cabeza; la cabeza que va á sentir en el corazón; el corazón y la cabeza, el hombre y la mujer que van á confundirse en una armonía superior para no llevar más que un nombre. «El día en que él Eterno los creó, dice el inspirado historiador, los llamó con un solo nombre: Adán, el hombre.» Tal es la primera página de la Biblia, que acaso nunca hemos leído seriamente. Poco me importa, repito, la historia aislada de dos individuos; lo que yo veo allí, con certeza, con admiración, es la primera página de los anales de la familia, de la sociedad, de la humanidad entera.

Por la síntesis armoniosa de la inteligencia que predomina en el hombre y del cariño que predomina en la mujer, por la unión del corazón y la cabeza, condición y principio de la unión del hombre y de la mujer, es como se logra levantar el edificio augusto de la familia y con él el edificio de la sociedad entera, porque la sociedad es el desarrollo de la familia. ¿Qué es un país más que una reunión de hogares? ¿Qué otra cosa es una nación que una familia muy extensa? ¿A qué se debe que nos llamemos franceses? ¿A que hablamos la misma lengua; á que somos de la misma sangre; á que desde hace siglos venimos desarrollando un mismo sentimiento de fraternidad sobre una misma tierra que nuestros ascendientes y nosotros hemos regado con nuestro sudor, y, cuando ha sido preciso, con nuestra sangre. Esto es lo que constituye la patria, el sentimiento de la fraternidad y de la paternidad. ¡Patria! *terra patrum*, la tierra de los padres y la tierra de los hijos. Pues bien, en la patria como en la familia, hay dos grandes influencias: la cabeza que piensa y el corazón que siente; el corazón que siente en la cabeza, y la cabeza que piensa en el corazón; y cuando se separan, desgraciadas las sociedades en que la influencia del hombre y la de la mujer llegan

á ser, no sólo distintas sino contrarias. Ninguna de ellas destruirá á la otra, porque la naturaleza no se destruye; pero lucharán en la peor de todas las guerras civiles. En todos los hogares, en todos los salones, en los santuarios de todas las iglesias y hasta en los consejos de los Estados, por todas partes vereis al poder del sentimiento, el poder moral, el poder religioso, casi siempre oscurecidos y descuidados en la mujer, tener en jaque, estrechar y hacer algunas veces retroceder al poder científico, al poder liberal y al poder progresivo, personificados en el hombre.

Mas volvamos ahora la vista, del tipo que acabamos de contemplar, á la realidad. Esta no siempre es extraña y contraria al ideal; y por más que otra cosa digan algunos observadores superficiales ó poco justos, no hay raza en el mundo en la que sea tan vivo el sentimiento de la familia, como en la raza francesa.

En una parte de nuestra sociedad, podría decir de la sociedad europea, pero comprendereis que me ocupo especialmente de mi querido y glorioso país, no sólo está muy quebrantada la unidad espiritual del hogar, sino que por un fatal contratiempo, la misma unidad social se encuentra herida. Y voy á probarlo, considerando la familia en dos épocas principales, ántes y despues del matrimonio.

Ántes del matrimonio, tenemos dos jóvenes que no se conocen, á quienes la necesidad ó relaciones de sus padres han hecho acercarse; ignoran el porvenir que les aguarda, y, sin embargo, ya están destinados uno á otro. A pesar del raro abuso que de esto han hecho los teólogos, creo en la predestinacion, en la esfera de los destinos eternos, en esa predestinacion racional en que la libertad de Dios no coarta la libertad del hombre. Pero dejando á un lado el mundo del misterio, creo, ó mejor dicho, veo demostrada á cada paso la predestinacion en el orden natural. Hay plantas, animales, faunas y floras, que están predestinadas exclusivamente á determinada region del globo ó á tal ó cual edad geológica. Pues bien, en otro orden más modesto en apariencia, pero realmente más capital, hay almas predestinadas unas á otras. ¡Desgraciadas las que no se encuentran ó se encuentran mal! Esos jóvenes se hallan, pues, destinados el uno al otro. ¿Cómo se les ha preparado para esto? El hombre va á ser la cabeza; lo que más falta hace desarrollar en él son los dones más preciados que ha recibido, la razon; pero el corazon tambien, porque sobre estar siempre expuesto á caer del lado á que se inclina, es el punto de contacto por el cual el hombre podrá un dia, en el orden moral y doméstico, armonizar con la mujer.

Pues bien, pregunto yo, la educacion que hoy se da á los jóvenes, ¿desarrolla siempre en ellos, en la

medida que sería necesaria, el corazon y los sentimientos de cariño? A esta pregunta se suele responder: la ciencia! Nadie más que yo será celoso partidario de la ciencia, pero á condicion de que sea completa, de que no se destruya ella misma y de que, como ciencia, no se aisle jamás de la vida. La ciencia no es sólo la observacion y la experiencia de la naturaleza visible; no se reduce á la nomenclatura de los hechos.

El espíritu vale tanto al ménos como la materia; ofrece tambien grandes motivos de variados y seguros estudios. Nuestra juventud, sin duda, estudia la historia á la vez que las ciencias naturales y abstractas. No es mi ánimo hablar mal de la historia; pero es preciso entenderla á la manera que los grandes historiadores, como esos que penetran á traves de los hechos hasta las ideas, y á traves de las ideas hasta el alma de un pueblo y sus destinos en el porvenir. Esta es la verdadera historia. Por otra parte, ¿se puede desunir la razon de la conciencia del corazon, y aún de la misma imaginacion? ¿Se puede dejar á un lado la abstraccion y á otro la vida? ¿Es que el pensamiento que debe circular en el sér humano, como sangre generosa, sigue su curso normal cuando presa, por decirlo así, de un vértigo, afluye al cerebro como una embriaguez abstracta ó como una mortal apoplejía? ¡Hé aquí la ciencia que yo no quiero para nuestros hijos! Y sin embargo, esta es á la que se les condena con frecuencia durante los hermosos, fecundos y decisivos años de la juventud!

Se dice: Hay religion, y la religion entra por mucho en la enseñanza, en la educacion; ella será el contrapeso de la ciencia demasiado abstracta y demasiado exclusiva. Pero la religion se suele presentar á los jóvenes bajo formas ó con carácter que ellos no pueden aceptar, ó que aceptan, cuando más, como una tradicion del hogar doméstico, que no se discute, pero con la cual tampoco se vive. ¡Ah! bien sé que la verdad divina no cambia con el tiempo ni varía con las regiones. Pero hay formas de la verdad predestinadas á tal ó cual país, á tal ó cual época; y la forma religiosa que hoy conviene á la juventud francesa ilustrada no es la que tuvo razon de ser en la Edad Media. La religion, siempre que exista, formará un departamento separado, cerrado y oscuro en el cerebro de nuestros jóvenes, y no circulará como soplo bienhechor y vigoroso en su alma y su vida.

Tambien hay moral! En mi concepto, es un error creer que la religion sola divide las almas y que la moral las une. Si se habla de la moral tal como la escribió la mano de la naturaleza en las profundidades de nuestra conciencia, de seguro no hay dos que la aprecien lo mismo. El libro de la conciencia es como todos los libros sagrados; no se ve en él

más que lo que se quiere ver; porque las morales positivas varían tanto como las religiones positivas, y, para no indicar más que los grandes ejemplos, ¿no hay precisamente en estos momentos un sofisma detestable en el mundo, que, sin embargo, es aceptado por muchas personas? El de las dos morales, una para los individuos y otra para los pueblos. Y hasta en el orden individual, ¿no se sostiene una moral para el hombre y otra para la mujer?

Estos son lugares comunes, bien lo sé; pero el aplauso con que se acogen mis palabras me prueban que es necesario insistir en ellos hasta lograr que pasen de la retórica á las conciencias, y de la conciencia á los hechos. Es preciso que llegue un día, y si esto no sucede en el ocaso tranquilo y glorioso del siglo XIX, es necesario que ocurra sin más tardanza en la apacible aurora del siglo XX, en que se pueda decir lo mismo á los pueblos que á los individuos. «No mentirás» sin que se responda que la mentira en política es el arma legítima y necesaria de los gobernantes y de los gobernados. Es preciso que llegue el día en que mientras se dice al individuo «no robarás,» no hagan una gloria de sus conquistas las naciones. Y es preciso que el asesinato colectivo, cuando no es motivado por la más dura de las necesidades y sancionado por la justicia más sagrada, se considere más punible aún que el asesinato individual.

Una misma moral para los individuos y para los pueblos. El que se atreva á rechazar esta doctrina, demostrará que no es hijo del Decálogo y del Evangelio.

Además, hace falta una misma moral para el hombre y para la mujer. Este es el punto más delicado, pero también el más decisivo de nuestras costumbres contemporáneas. ¿Por qué no habiendo más que una medida de verdad y de justicia para hombres y mujeres, hay ante la opinión extraviada dos medidas respecto á la castidad? La falta cometida por la mujer es á los ojos de todo el mundo un oprobio para ella, un descrédito, una condenación moral á la muerte. La misma falta, cometida por el hombre, no le produce daño ni desprestigio; antes al contrario, se suele vanagloriar de ella, como si sólo tuviera conciencia de su virilidad en la proporción de lo que abusa.

Y la misteriosa pero justa fidelidad que se deben los dos esposos antes de conocerse, ¿no está igualmente sujeta á juicios desiguales y contradictorios? ¿Qué joven hay que, conservando aún en su pecho algunas fibras humanas, no exija de la mujer á quien hoy hace su prometida y mañana hará su esposa, la absoluta integridad de su pasado? ¿Pero son muchos los que se reconocen obligados á la reciprocidad? Las pretensiones de semejante moral, moral de místico ó de asceta, ¿no harían asomar á sus labios una

escéptica sonrisa? Pues ved aquí cómo no siempre suple la moral lo que falta á la religión para servir de antídoto á una ciencia falsa é incompleta.

Ved á ese joven estragado de una parte por el sensualismo, y de otra por la abstracción, llamado, sin embargo, á comprender un corazón, ¡y qué corazón! llamado á amarle y respetarle, y hasta á enseñarle, porque en la realidad de las cosas como en el relato de la Biblia, antes de ser completamente la esposa del hombre, la mujer debe ser su pupila, su discípula y su hija.

Ahora veamos cuál es la preparación de la joven. En el seno de la familia, bajo las miradas de sus padres, entre las íntimas expansiones de sus hermanos, su corazón florecerá por sí solo como una de esas plantas de afortunados países que no necesitan del cultivo humano y que apenas tienen necesidad de sol ni de rocío. Pero, ¿cómo se desarrollará su razón? Hé aquí lo que en el siglo XVII escribía Fenelon en su *Tratado de educación de las jóvenes*:

«Nada hay más descuidado que la educación de las hijas. Por regla general se subordina á las costumbres y al capricho de las madres; se cree que debe darse poca instrucción á este sexo.»

La sociedad francesa del siglo XIX ¿ha hecho progresos serios y considerables sobre la del siglo XVII? ¿Puede considerarse libre de la crítica que hacía de ésta el gran Arzobispo? Algunas páginas después añade: «La superstición es temible, sin duda alguna, para las mujeres; pero nada la combate y destruye mejor que una sólida instrucción. Acostumbrad á las hijas, naturalmente demasiado crédulas, á no admitir con ligereza ciertas historias sin autoridad y á no aficionarse á ciertas devociones que despiertan un celo indiscreto, sin esperar á que la Iglesia los apruebe.» Fenelon no podía sospechar que los que pretenden representar á la Iglesia, aprobarían con el tiempo semejantes historias y tales devociones.

En los colegios ó casas de educación donde se forman las jóvenes, ¿se las prepara convenientemente para que en un día dado sepan asociarse á la razón de un hombre, ser su confidente y el consejero de sus pensamientos, sus lecturas y sus trabajos? ¿Se les inspiran, sobre todo, creencias y prácticas religiosas en las que su hermano, por el pronto, y su marido, más tarde, puedan tomar parte sin avergonzarse de ellos mismos y sin hacerse violencia?

La casualidad, porque en este caso no puedo decir la Providencia, acerca un día esas dos existencias tan poco adaptadas una á otra; y un capricho ó un cálculo—¿cuál de estos dos móviles vale más, ó, por mejor decir, cuál de los dos es peor?—los lleva á unir; y partiendo de esta base se pretende edificar la trilogía sublime: el individuo, la familia y la socie-

dad! Es que se aman, habrá quien me diga. Pero ¿cómo puede llamarse á eso amor, en el sentido sério, moral y cristiano de esta gran palabra? Se le dará tal vez ese nombre, porque sobre aquella roca sin tierra, de aquella arena sin agua, ha brotado una efímera flor, de engañadora apariencia, pero sin brillo, sin perfume, sin duración.

Mas despues de algun tiempo puede verse en lo que pára esa union. El jóven se ha esforzado por reconquistar su corazon para conservar el de su esposa. Y ¿qué sucede al terminar el dia en nuestras industriales y democráticas ciudades, cuando el hombre, cansado de luchar contra sus semejantes, y contra él mismo, vuelve, vencedor ó vencido, pero herido siempre, al hogar doméstico? Voy á disfrutar, dice para sí, de dos ó tres horas de paz, de dos ó tres horas de tranquilidad y consuelo para mi pensamiento y mi corazon.

Y siente despertarse en él lo que hay de más profundo en nuestro sér, más que la ciencia y la política, más que el trabajo y la agitacion de la vida moderna: las santas aspiraciones de la naturaleza humana. Coloca sobre sus rodillas al más pequeño de sus hijos, y la inocente criatura le acaricia el rostro con las manos y juega con los rizos de su frente. El padre respira entónces como un ambiente celestial, y escucha con embeleso esa ingénuata tartamudez, ese sublime balbuceo que constituyen á medias el lenguaje de los hombres y el de los ángeles. Despues, acercándose á la lámpara, cuya pantalla recoge la luz y los pensamientos, habla con su esposa, tratando de evocar en aquel presente tan encantador y tan puro las visiones graves, y, sin embargo, dichosas del porvenir. Pero la mujer no le escucha; ó si le escucha, es á través de sus propias preocupaciones. Abre él un libro, uno de esos bellos libros de historia nacional, de que hablaba y hace poco, un libro de poesía ó de filosofía; pero la poesía, la filosofía ó la historia los separan, y la mujer no quiere hacerse cómplice de esas lecturas. Abre entónces el Evangelio, y se encuentran con que no lo entienden del mismo modo. Desdobla un periódico, y tampoco en él pueden leer juntos. Desgraciadamente, cuanto acabo de decir puede considerarse como una página de la historia de Francia; pero más punzante y más temible que la de nuestras discordias civiles y nuestros desastres guerreros.

El marido volverá aún á su casa; pero volverá con ménos gozo, desde luégo, y más tarde con ménos frecuencia. Despues, en lugar de aquellos sueños de paz y de inocencia, no sé qué reminiscencias de su pasado ó de sus lecturas invadirán con frecuencia su espíritu, las cortesanas de Atenas, las bayaderas de la India. Y, por último, se hará esta fatal pregunta: «¿Qué otra cosa es el matrimonio, despues de todo? ¿Qué más es que una union con-

sentida por un contrato legal, ó autorizada por una bendicion religiosa, cuando un abismo separa las almas para siempre?» Y entónces ese hombre, si no es un héroe, emprende al fin un camino por el que no debemos seguirle.

En cuanto á la esposa, tambien podría mostrarla susceptible de iguales seducciones y descuidos; pero no lo haré, porque sólo quiero presentar el lado más grave y lastimoso del cuadro. La considero, pues, haciendo los mayores esfuerzos posibles, á pesar de los vacíos de su educacion, por ajustar su razon y su conciencia á la conciencia y la razon de su marido. En su misma razon y en su propia conciencia encontrará un límite á su buen deseo. Porque si tiene, no diré supersticion, sino fe; si tiene determinados y sólidos principios arraigados en el alma para apreciar la idea del deber y de la eternidad, y, por un contratiempo inevitable, para juzgar de la práctica y detalles de la vida; y si por sus convicciones y por el dictámen de su conciencia se ve imposibilitada de franquear alguna barrera, ¿qué va á hacer? ¿En quién ha de encontrar el consejo necesario para los casos perplejos que se refieren á su conducta ó á la de sus hijos? ¿En quién ha de ir á buscar la luz, el consuelo, la fuerza que há menester para esas luchas internas que la mujer conoce más que el hombre, y en las que éste, sin embargo, es su natural y providencial apoyo? Bien sé que ha recibido de Dios los inapreciables dones de la pureza, la ternura y la paciencia; y que la mujer ama más porque es más pura, como sabe sufrir mejor, porque mejor sabe amar. Pero precisamente porque se halla sumisa á esta ley del amor, necesita apoyarse en un sér más fuerte, y encontrar en el órden espiritual á quien en él, sobre todo, sea su jefe, su cabeza. Si no lo encuentra en su marido; si su marido no puede participar de sus preocupaciones religiosas y morales, lo buscará en otra parte, en el sacerdote católico, ó en su defecto, en el pastor protestante, ese otro representante del Evangelio. Y si no lo encuentra en ningun ministro oficial del cristianismo, lo buscará en una conciencia religiosa ó filosófica, en un hombre fuerte, grave y honrado, á quien ella consagrará con sus oraciones y sus lágrimas para que sea el confidente de su conciencia.

Pues bien; por más legítima que sea esta direccion de la mujer verdaderamente impenetrable ó dolorosamente desaprobada, de esa mujer de quien parece hablar la Escritura, bajo la imágen de Sion cautiva, con lágrimas en las mejillas, *et lacrymæ in maxillis ejus*, y volviéndose hácia atrás, *et conversa est retrorsum*, para contemplar un pasado que solo fué un sueño, y que no ha de volver; por más legítima que sea la desesperacion de la esposa, de la madre abandonada á su conciencia junto á la

cuna de su hijo, ¿existe el matrimonio todavía, después de esto? El marido no tiene ya más que un cadáver; el corazón, la conciencia, el alma de su mujer se han alejado de él para siempre. Ya no interviene en la educación de sus hijos, y hé aquí cómo termina ese drama desolador: el divorcio moral de los esposos se consuma por el divorcio en la educación de los hijos. Se reparten estos; los varones seguirán la ley del padre; las hembras la de la madre; y el dualismo que he mostrado en los esposos se reproducirá en los hijos. Varones ó hembras, conservarán de esta educación contradictoria, no diré bastante fe, porque la fe es cosa demasiado elevada y pura, pero sí bastante superstición para no pensar nunca libremente en su vida, para no adoptar jamás una resolución enérgica y decisiva respecto á los grandes y solemnes momentos de su existencia, y bastante duda, al mismo tiempo, para no abrigar nunca una creencia firme y halagüeña. Ved, pues, retoñando bajo todas sus formas ese dualismo que nos atormenta, que nos divide y que, si no tenemos cuidado, concluirá por destruirnos; este es el gran enemigo de la Francia.

Ahora, preciso será indicar el remedio. Y pues ya he hablado mucho del Cristianismo, dejad que para concluir os conduzca al foco pagano, porque también es el nuestro. El Cristianismo es una síntesis, y lejos de rechazar, atrae todos los elementos morales y religiosos de los cultos inferiores de la humanidad. No procedemos únicamente de la Judea, por los apóstoles y los primeros discípulos, descendemos de los celtas, de los romanos y de los griegos; pertenecemos á la antigua y aristocrática familia de los Aryas, en cuyas viviendas, lo mismo á orillas del Mediterráneo que en las del Ganges, había un altar, sí, materialmente un altar, sobre el cual se sostenía sin interrupción un fuego avivado constantemente por un hombre, por el padre, que era el sacerdote doméstico, el que repartía las libaciones, inmolaba las víctimas, celebraba los ritos y cantaba los himnos de sus antepasados. ¡Desgraciada la familia en la que este fuego se llegase á extinguir, aunque sólo fuese por una hora! El día en que el padre de la familia quería asociarse á una compañera, porque entre los romanos y los griegos se usaba el nombre de padre aun ántes del casamiento, considerándolo como título de autoridad, majestad y sacerdocio, separaba á la mujer que elegía del hogar y del culto de sus parientes, para hacerla entrar, por medio de una solemne ceremonia, en la morada y en la religión que en adelante había de compartir con él.

¿Quién ha destruido aquel altar, sosten del pueblo? ¿Quién ha apagado aquella llama? ¿Quién ha hecho callar aquellos himnos? ¡Ah! no me digais que ha sido el cristianismo. El cristianismo lo ha espiri-

tualizado todo; mas no ha destruido nada. La ruina reconoce otro origen; obedece á esa crisis formidable que estamos atravesando y cuyo resultado nadie puede todavía prever. Hoy ya no hay religión doméstica; hay, sí, una religión individual, una llama, ó una chispa por lo ménos, en el santuario oculto de la conciencia de cada uno de los miembros de la familia; pero no existe el altar doméstico donde se ore y se cante en comunidad; ó, si le hay, es un altar clandestino donde, en ausencia del padre, reúne la madre con timidez á su prole. Hay un cristianismo varonil y otro cristianismo femenino, ó, mejor dicho, afeminado. El segundo puede matar al primero, pero no reemplazarle.

El remedio, pues, consiste en restablecer, en levantar de nuevo el altar de la familia, en que los jefes de ella recobren su sacerdocio y tengan el valor de creer, enseñar y orar, reuniendo en torno suyo á su mujer y sus hijos. A los que me preguntaran bajo qué religión, les contestaría sin vacilar que en la que su conciencia hubiese elegido, por incompleta que ésta fuese. La peor de todas las religiones vale más que no tener ninguna.

Por mi parte, prefiero el negro de África prostrado ante su ídolo, al hombre que ha perdido toda creencia, sea ó no por su culpa, y vive entre tinieblas, caminando á tientas, incierto, vacilante, al borde del caos. Aquel ídolo será un trozo informe de madera, una raíz seca, cualquier cosa... Poco importa. Que un rayo de la conciencia del hombre le ilumine un día, que un destello de la revelación caiga sobre él desde la altura, y el madero seco y mutilado germinará como sobre el Carmelo, y florecerá y fructificará Jehová!

No haya miedo, sin embargo, de que se resuciten los antiguos cultos, por más bienhechores que hayan sido algunas veces en su tiempo, ni de que surjan cultos nuevos. La última etapa de la luz entre los hombres es el cristianismo.

Jóvenes, esposos y padrés, formad, pues, un cristianismo suficientemente firme, tierno y religioso para afiliar á él á vuestra esposa y conservar bajo su égida á vuestros hijos, y suficientemente vigoroso y progresivo para que vosotros mismos podais vivir y creer en él, y practicarlo á la vez que ellos!

HYACINTHE LOYSON.

LOS POEMAS CABALLERESCOS
Y
LOS LIBROS DE CABALLERÍAS.

IX. *

Pocos asuntos históricos y literarios han dado márgen á mayores confusiones que la poesía caballeresca, por lo comun identificada con los poemas del ciclo Breton, ó del rey Arthur ó Arthus, ó de la Tabla Redonda, y señalado como el ciclo caballeresco por excelencia, y tenido por aparicion sorprendente y original del genio é inspiracion de la edad media. Sin embargo, su fama y decantada influencia en la cultura y en el arte de la edad media, no han sido bastantes á promover estudios bibliográficos y críticos, como los emprendidos y acabados por la erudicion contemporánea sobre los poemas carlovingios, y de aquí que se hayan perpetuado errores y exageraciones acerca de sus orígenes, caracteres y cualidades, muy principalmente entre los partidarios del romanticismo germánico, que ponderaba y enaltecía la abundancia y la originalidad de la literatura de los siglos medios, sirviéndose, á manera de demostracion, de la literatura caballeresca y de los poemas de Arthus, Lanceloto, Tristan y Perceval, con la famosa mesa y las santas empresas del descubrimiento y conquista del Santo-Graal.

No participa de esos entusiasmos. La historia no consiente ya teorías imaginadas en pro ó en contra de alguna tésis religiosa ó política, y examinadas las bases y motivos de los antiguos juicios, se advierte que en gran parte nacían de una confusion de hechos y de fechas. La poesía, ó la creacion caballeresca, es un fenómeno literario que ocupa más de tres siglos, y va desde los poemas de la segunda mitad del siglo XII, hasta los libros de caballerías del primer tercio del XVI, distinguiéndose con claridad el período primitivo que cierra Chrestien de Troyes en los últimos años del siglo XII, de las imitaciones y las narraciones en prosa que ocupan el siglo siguiente y parte del XIV; y, por último, los libros de caballerías que encuentran en el Amadís de Gaula su más alta y perfecta expresion y florecimiento, y que deja, á manera de luminosa estela, imitaciones y paráfrasis hasta muy entrado el siglo XVI.

En cada uno de estos períodos influyen en la concepcion caballeresca diversos elementos y tendencias diferentes, y de estas influencias y caracteres se originan calidades propias y peculiares de cada faz literaria y que no deben atribuirse á las demas.

* Véanse los números 161, 162, 163, 164 y 165, págs. 353, 385, 422, 449 y 481.

Interesa principalmente á mi propósito el exámen del primer período, para que, conocidos los elementos constitutivos de la poesía caballeresca en el corazon de la edad media, podamos decidir si su aparicion rompe el curso de la historia que se tejía desde la edad clásica, ó si, por el contrario, continúa la historia sin otras novedades que los *accidentes* propios de los tiempos.

Los críticos franceses, en más de una ocasion han referido la curiosísima lucha que mantienen los cantares de gesta con los poemas del ciclo breton. Confesando y reconociendo la prioridad de los cantares de gesta y su importancia en el siglo XI y en el siguiente, es innegable que el poema caballeresco destronó desde la segunda mitad del siglo XII en el favor popular al cantar de gesta. En 1155 escribe Roberto Wace el *Brut* y el *Ron*, relaciones poéticas de los anales históricos de la Bretaña y de los Normandos desde la destruccion de Troya hasta la dominacion sajona, y el poeta anglo-normando acariciaba todos los sentimientos más caros á los Bretones de una y otra orilla (1). ¿En dónde encontró Roberto Wace los elementos de que se sirvió en su poema?

Los *estudios literarios* progresan con rapidez tan asombrosa, que en un decenio, lo que pasaba por hecho cierto y averiguado, en vista de nuevas y más completas materias, se olvida y queda en la historia como una teoría más en la inacabable serie de las teorías.

Tras las aficiones provenzales de Tauriel, llegaron las célticas de los últimos años. No es del caso traer á la memoria los estudios, descripciones y leyendas de toda suerte y de todo género á que dieron asunto y materia una y otra Bretaña, la insular y la continental. La lingüística, como la arqueología y la étnica, sostuvieron grandes y repetidas discusiones con los celtomanos; pero de aquellas exageraciones la crítica ha recogido preciosas enseñanzas, que sirven principalmente para el estudio del ciclo breton ó de la Tabla redonda.

No se da un paso en estos estudios sin encontrar el nombre ilustre del restaurador en Francia de la poesía bretona, M. de la Villemarque, que ha consagrado sus talentos, que son muchos, y su actividad, que es imponderable, á resucitar la memoria de los orígenes bretones, y á definir su influencia en la historia de la edad media. Como un erudito del Renacimiento, el laborioso académico no ha excusado fatiga ni diligencia para exhumar, traducir y comentar los restos de la literatura armeniana é irlandesa, y con una elocuencia tan conmovedora como persuasiva, ha procurado reivindicar y enaltecer los merecimientos de esta raza, que es la más

(1) Publicado por Leroux de Luny en 1838; 2 vol.

poética entre las razas del Norte. Sus libros sobre los *Bardos bretones*, la *Leyenda céltica*, el *Encantador Merlin*, y, por último, sobre *Les romans de Table ronde* (1), completan el cuadro de la vida estética de esta raza, hasta que Chrestien de Troyes, cediendo al consejo de María de Francia, popularizó en sus poemas las tradiciones y leyendas que constituyen el ciclo caballeresco de Arthus ó Arthur ó de la Tabla redonda.

En estos últimos decenios, las enseñanzas de M. de la Villemarque han dominado, y escritores y eruditos que gozan de justa fama, abonan aún las teorías del elocuentísimo académico.

La narración de M. de la Villemarque es sencillísima, y esta sencillez constituye uno de los primeros y encantos de la teoría. Los antiguos Bretones, tanto insulares como continentales, como todos los pueblos, tuvieron cantores populares; pero la memoria de los arpistas bretones se enlaza con la de los bardos galos, y más fundada que la de los bardos atraviesa las edades y corre en alas de la fama de una á otra nacionalidad. Recordaban estos bardos tradiciones de remotísimo abolengo, y las leyendas de la familia céltica cruzaban de continuo el brazo de mar que las separaba entre el continente é Inglaterra, y vivían aún con mayor pureza y entusiasmo en la verde Erin, la más docta y entusiasta de las nacionalidades de la raza. Al abrazar el cristianismo armonicanos, irlandeses y las poblaciones hermanas del país de Galles, los bardos encontraron mayor protección en los conventos, porque la religiosa transformación de los antiguos colegios drúidicos mantenían y cuidaban á los bardos, de manera que al amparo de los monasterios crecía ó por lo ménos se perpetuaba la tradición de los orígenes heróicos de las Bretañas. Los antiguos narradores nacionales de portentosa memoria, porque cantaban centenares de narraciones épicas, encontraron franca y benévola acogida en los monjes, que no se limitaron á una estéril admiración, sino que escribieron las narraciones antiguas, conservándolas con celo. La leyenda céltica cristiana pinta de mil maneras esta unión de la tradición antigua con el espíritu del cristianismo. Un niño celta, tartamudo é idiota, se acerca á San Colomkill que visitaba una de las abadías. El santo levantó en sus brazos al infortunado y le besó cariñosamente.—Es un idiota, un pobre tartamudo que apenas habla; dejadlo, exclamaron los monjes.—Abre la boca, hijo mio, y

enséñame la lengua.—Obedeció el niño temblando, y el santo trazó con el dedo la señal de la cruz en la lengua torpe y mortecina, y desde aquel punto no la hubo más pronta y elocuente para cantar las glorias del Señor. La hermosa tradición que recuerda el erudito académico es á manera de alegoría que explica la influencia del cristianismo en la raza celta.

Pura, sencilla, y con un candor piadoso sublime, crece esta poesía de los cláustros en los siglos VI y VII, y M. de la Villemarque recoge preciosas flores del libro de himnos de la Iglesia irlandesa y de la piedad popular de Irlanda, y recuerda la vida milagrosa de sus santos poetas, cuyos cánticos llevaban consigo los misterios de la gracia divina y alcanzaban indulgencia plenaria al que los repetía en la triste hora de la muerte. Las plegarias, las oraciones y los himnos se convirtieron muy luégo en vidas de santos, como sucede en toda la Europa latina; y los cantores populares, sostiene el erudito escritor, versificaron estas leyendas orales ántes de que se escribieran; pero, por último, revistieron la forma escrita de leyendas, y refundidas y trasfiguradas ostentaron verdaderos caracteres literarios con formas cíclicas, como la poesía heróica de los tiempos posteriores. El elocuente crítico no olvida las composiciones épicas que narran los viajes y empresas inspiradas por la fe, y expone con profunda emoción y elocuentísimo modo la leyenda de San Patricio, apóstol y patron de la Irlanda, la de San Kadok, bardo y maestro de los Bretones cambricos, y la de San Hervé, bardo y patron de los cantores populares de la Bretaña.

No rechazo las conclusiones del ilustre académico referentes á las leyendas monásticas y religiosas, que encuentran en la vida y poemas de los Santos su expresión más cumplida. Hace tiempo sostuve que la literatura legendaria de la Europa cristiana encerraba grandes tesoros poéticos, y entiendo que la historia de la literatura legendaria desde los primeros siglos hasta el XII, en que llega á su apogeo, dará la explicación de muchos fenómenos estéticos, históricos y lingüísticos que hoy van entre nieblas.

Esta literatura legendaria influye en la del siglo, pero no se transforma en profana, como no se pierde y transforma la Iglesia en congregaciones de laical; ántes al contrario, recorre las formas literarias sin perder su carácter, pasando del himno á la leyenda, de la leyenda al poema, al ciclo, y del poema al *misterio* religioso y al auto dramático.

La división entre la Iglesia, con sus cleros y órdenes religiosas, y la sociedad laica con sus córtes, escuelas, aristocracias y universidades; las luchas entre una y otra sociedad disputando la preeminencia y señorío, mantienen esa separación, que ahon-

(1) La *Legende Celtique*, par le V. H. de la Villemarque; Paris, 1864.

Les *Bardes Bretons*, poemes du sixieme siecle, traduit par M. de la Villemarque; Paris, 1862.

Myrdhinn, ou l'enchanteur.

Merlin; Paris, 1862.

Les Romans de la Table Ronde; Paris, 1861.

da más y más el sentido místico y despreciativo hácia lo terrenal que imprimen á la poesía religiosa las fuentes á que acude y las exaltaciones de los siglos XII y XIII nacidas de las enseñanzas de los doctores de San Víctor y despues de los Franciscanos y que popularizaron las Cruzadas.

Esta division subsiste: esta contradiccion es la clave de la historia de las literaturas en la edad media, y causó, en mi sentir, el alejamiento de la poesía profana, que encontró en la tradicion clásica lo que por el hecho indicado no encontraba en las fuentes eclesiásticas. La enemiga de ilustres santos y doctores á las letras humanas indica con toda claridad que no desconocieron los peligros que para la influencia exclusivamente cristiana entrañaba el cultivo del arte tradicional, y no sorprenden, sino que tienen explicacion cumplida, dado su propósito, las invectivas de M. Bucher y sus discipulos contra los filósofos cristianos que acudían á los libros de Platon y Aristóteles, y los esfuerzos de los que aún recuerdan las tesis de M. Gaume contra el paganismo literario.

Pero lo que se quería conjurar no se conjuró. El hecho existe y está demostrado. No se trasforma en profana la literatura legendaria, ni en Francia, ni en España, ni en Bretaña, ni en Italia; de suerte que no se sigue necesariamente de la existencia de una gran literatura legendaria la de una gran literatura profana, como supone M. de la Villemarque. Coinciden ambas literaturas y se funden en una sola ocasion en la edad moderna; pero el hecho es tan milagroso, que aquella soberana conjuncion de ambas literaturas engendra una verdadera epopeya, la *Divina Comedia* del poeta florentino, fórmula perfectísima y sublime del maridaje y consorcio de la inspiracion teológica y de las inspiraciones profanas.

Las colecciones de cantos de los bardos bretones, de M. de la Villemarque, en los libros *Barzas-Breiz* y los *Bardos Bretones*, no son ecos, ni imitaciones, ni desarrollos de la poesía legendaria; aunque el ilustre académico se sirve de ellos para demostrar cómo continúa la actividad artística de la raza bretona; y en su tesis sobre *Les Romans de la Table Ronde* los utiliza ingeniosamente, enlazando así la historia desde las primeras oraciones y plegarias monásticas hasta los cuentos del *Libro Rojo*, pasando por leyendas épicas de San Patricio y San Brendan, que sirvieron al Dante. Ya en 1841, M. de la Villemarque publicó artículos anunciando su tesis, y provocó una reñida discusion literaria, en la que no tuvo la mejor fortuna, y quedó como cierto que los poemas del ciclo de la Tabla Redonda era en un todo semejante á los poemas de aventuras, sin que se descubriera en su fondo reminiscencia histórica de ninguna especie, y la autoridad de Raynard, Daunon, y, por último, la respetabilísima del

ilustre Fauriel (1), cerraron por entónces la discusion. Consagrado al estudio del tema, con la proteccion del gobierno pudo M. de la Villemarque, despues de penosas investigaciones y estudiando el famoso *Libro Rojo* de Oxford, coleccion de tradiciones populares comenzada en el siglo XIV, citar textos y dos cuentos relativos á Arthur y á sus caballeros, y los textos, en sentir del traductor, pertenecían al siglo XII, aunque para esta conjetura no encontrara pruebas directas, pero sí datos curiosos que demostraban eran conocidas en el siglo XII las narraciones bretonas de Arthur y de sus caballeros. Publicó entónces el insigne académico su libro sobre *Les Romans de la Table Ronde*, sosteniendo que si Roberto Wace escribió el *Brut* en 1155, en el prodigio que señaló el nacimiento del príncipe Arthur, hijo de razas distintas y descendiente de Eneas, en sus hazañas desde los días de la infancia, en sus proezas y conquistas en Inglaterra y despues en Francia é Italia, en sus combates con monstruos y gigantes, armado siempre de su mágica espada, de igual manera que al narrar sus fiestas, torneos y fastuosas cortes, la traicion de su sobrino Mordreb, el rapto de Ginebra, la muerte del héroe en los tristes campos de Camlan y su misteriosa resurreccion en la isla Avalon en manos de hadas benéficas, siguió las tradiciones debidas á Talieuri, bardo del siglo VI, á las triadas del monje de Laucarvan, á los cuentos recogidos en el *Libro Rojo* y á las crónicas latinas de los siglos IX, X y XI.

Estas tradiciones que van desde el siglo VI al XI (continúa el ilustre académico) alimentaron la fantasía popular de los Bretones, y los Armonicanos metamorfosearon al emperador nacional de los bardos en un héroe religioso, y por último, en un personaje poético, cantando sus hazañas en la iglesia y despues en calles y plazas, viviendo material y espiritualmente esculpido en los bajo-relieves de las iglesias bretonas y en la memoria de los pueblos, que lapidaban aún en el siglo XII, segun testimonio de Atani de Lille, á los que ponían en duda la inmortalidad de que gozaba el héroe nacional en la misteriosa isla á la cual le trasportaron las hadas despues de la batalla de Camlan y su próxima reaparicion en la historia.

Pero estas tradiciones populares se escribieron, dice M. de la Villemarque, y el libro, escrito primitivamente en dialecto armonicano, lleva el título de *Brut y Brenhined*, título que significa *Leyenda de los Reyes*. Un archidiácono de Oxford, Gualtero Calenius, lo llevó á Inglaterra en 1125 y lo tradujo al dialecto cambrico, y pocos años despues G. A. de Montmouth lo tradujo al latin, dedicándolo á Roberto, conde de Gloucester. Del *Brut y Brenhined* á

(1) *Hist. de la poesía provenzal*, tomo II, pág. 312.

los poemas de Roberto Wace no hay más que un paso, y queda tejida la historia de los orígenes y formación de cielo de la Tabla Redonda, según el erudito escritor.

La crítica contemporánea no quedó satisfecha ni convencida. La teoría ó explicación del ilustre Breton deja mucho que desear, dado el espíritu crítico, tocado de prudente escepticismo, que con razón domina en estos estudios.

Para completar la exposición de M. de la Villemarqué, debe añadirse que el archidiácono de Oxford tradujo también al latín su crónica traída de Bretaña; que en el siglo XV su versión latina se tradujo de nuevo al dialéctico cambrico, y que el texto que ha llegado á nosotros de estas traducciones presenta visibles señales de remozamientos y retoques; como en los más de los códices de esta centuria.

Muy cierto que abundan en la historia de la literatura recuerdos y alusiones á los arpistas bretones que sucedieron á los bardos de las Galias. En el siglo IV, Fortunato enumera entre los cantores en la corte, á los poetas latinos, á los escaldas germánicos y á los bardos bretones. Un bardo breton, Hyvarnion, residía en la corte de Childeberto, y la poesía era en Francia políglota en la época merovingia, tocando parte de gloria á los bardos de la Bretaña, que traducían las más veces sus cantos al latín. En los poemas carlovingios, y aún en las primitivas canciones de gesta, son frecuentísimas las alusiones á la poesía bretona, y se habla de los arpistas que suavemente cantaban los *Lais* característicos de dicha poesía; de suerte que no es lícita la duda respecto á la existencia de la poesía popular bretona desde el siglo I de la edad moderna hasta el XII, ni puede ponerse en tela de juicio el carácter poético de la raza, la vivacidad de las tradiciones drúidicas en el seno de su poesía, su felicísimo consorcio con la enseñanza cristiana y la nobilísima tenacidad con que conservaron su lengua, así los armonicanos como los pueblos hermanos del país de Gales y de Irlanda.

¿Pero esta tradición céltica (para comprender todas las ramas) engendró la creación caballeresca? M. de la Villemarqué nos señala, refiriéndonos al rey Arthur, el poema atribuido á Taliesin, y en este poema Arthur es hijo del Rey de las tinieblas, de un sér misterioso y velado, genio de las batallas, que en forma de nube engendra á Arthur. El hijo hereda parte de la fuerza sobrenatural de su padre, y su rostro irradia como el sol en las horas de la batalla; recibe culto semejante al que al sol se tributa, y conquista mundos imaginarios, como Alejandro, y muerto en la batalla de Camlan, sube al cielo y anima una constelación, la Osa mayor.

M. de la Villemarqué confiesa que es un héroe

mitológico el celebrado por el bardo Taliesin, distinto de otro Arthur, jefe valerosísimo y caudillo que celebran los bardos posteriores, recordando á un regulo histórico de las partes meridionales de la Gran Bretaña, que en el siglo VI peleó contra los Sajones con gran esfuerzo, muriendo en la batalla en que pereció la independencia nacional.

El poema de Taliesin, si el texto es auténtico, es un poeta mitológico, celto-romano, en el que no se descubre otro dato que el nombre de Arthur y el de su esposa la violenta y adúltera Ginebra, que prestan asunto á los cantores de los tiempos posteriores.

El segundo texto de M. de la Villemarqué se saca de las Triadas del monje de Lancarvan, colección de poesías cambricas que datan de 1150, y este parentesis de seis siglos no abona la tesis del ilustre erudito. Si en 1150 en las Triadas se esforzaba la tradición por convertir el Arthus mitológico de Taliesin en un personaje real, identificando al héroe popular con la creación poética céltica; si ya no se trata en las Triadas del hijo de un Dios, del Rey del mundo, del Sol en forma humana, sino de un caudillo, es necesario convenir en que la transición es brusca, y la fantasía popular, como la naturaleza, no procede á saltos, el abismo entre una y otra creación es visible, no se llena con frases.

No podía ocultarse al sagaz crítico este vacío de seis siglos en la historia de Arthur, y para llenarlo acude á los cuentos del *Libro Rojo* de Oxford, aunque confesando que la redacción que se conserva no va más allá del mismo siglo XIV; pero insistiendo en que se tomen como del siglo XII.

En mi pobre opinión, la coincidencia de las Triadas del monje de Lancarvan y los cuentos del *Libro Rojo* acusan la existencia de una fuente común que ha inspirado, tanto al autor de las Triadas, como al redactor ó recopilador del *Libro Rojo*; y estas fuentes son las crónicas ó libros que el archidiácono de Oxford llevó á Inglaterra en 1130, y que tradujeron al latín el mismo Calenius y G. de Montmouth.

El orden histórico es el contrario quizá del que supone M. de la Villemarqué. No son los cuentos y los cantos los que insperan en la crónica ó el libro de *Brut* y *Brenhined*: es el libro el que presta asunto y materia á los cuentos y á los cantos populares. El lapso de seis siglos que existe en la tradición popular de Arthus, desde el bardo Taliesin al monje de Lancarvan, demuestra que se había extinguido en la fantasía popular la tradición de Arthus mitológico (si había existido), fenómeno singular en la historia de la formación de la poesía épico-popular y contrario á la ley y manera de crecimiento de la poesía épica. Su reaparición en el siglo XII, en la forma de las Triadas y en la forma de los cuentos, anuncia la existencia de una fuente inmediata, viva, que ejer-

cia singular influencia, y esta fuente no puede ser otra que los libros traídos de Bretaña por el archidiácono de Oxford.

Existía esa fuente, y era, en efecto, el libro llevado á Oxford, por lo que redundaba en gloria de la raza armonicana el haber resucitado ó creado las leyendas de Arthus, que se encuentran en las tradiciones cambricas del siglo XII y en el *Libro Rojo*. Pero al decidir qué era el libro llevado á Oxford por el archidiácono en 1130, disienten aún los críticos, y la discusión se enardece de nuevo, porque este punto decidió todos los problemas suscitados.

M. de la Villemarqué sostiene que el libro en cuestión era un libro escrito en dialecto armonicano, á manera de vasta compilación de las leyendas y tradiciones bretonas, y este libro es el *Brut y Brenhined*. No consigue tampoco el ilustre académico justificar su nueva tesis.

El siglo XII es el siglo de los estudios históricos en España, Inglaterra y Francia, de las crónicas latinas escritas á imitación de las crónicas bizantinas y continuando las eclesiásticas. Es la época de la crónica de Turpin; de los grandes trabajos de Suger, de Vital, que escribe la historia de los duques de Normandía, y la época en que Enrique I de Inglaterra y Roberto de Gloucester animan y apadrinan á los cronistas ingleses. Entonces escribe el benedictino G. de Montmouth su *Historia Britonum*, y es un hecho indiscutible ya, gracias á las tareas de M. P. Paris, que el *Brut y Brenhined* es una traducción de la *Historia Britonum* de Montmouth. No es por lo tanto el *Brut y Brenhined* lo traído de Bretaña. ¿Qué queda por dilucidar? La aseveración del archidiácono de Oxford, de que trajo un libro de Bretaña, libro que no aparece, que no deja huella ni rastro en la historia como tal libro poético, lo que es verdaderamente inexplicable.

M. P. Paris no cree en el libro en dialecto armonicano de que habla Gualtero de Oxford. Son frecuentísimas en la edad media estas especies de libros y autores desconocidos y fabulosos, sencillo enredo con que se procuraba despertar la curiosidad de los doctos. No sería, en mi sentir, decisivo el argumento; pero M. P. Paris ha designado cuál era ese libro misterioso, y confieso que las doctas indagaciones del maestro en estos estudios, dejan muy en claro la cuestión. El libro era la *crónica de Nennius*, monje armonicano que la escribió en 857. En efecto; Nennius resume las tradiciones, las leyendas y las poesías bretonas. El archidiácono de Oxford traduce la crónica que lleva á Inglaterra y la ilustra con todas las noticias sobre antigüedades bretonas que recuerda, y G. de Montmouth aprovecha la *crónica de Nennius* y las ilustraciones del archidiácono en su *Historia Britonum*, y la fama y el renombre de la *Historia Bri-*

tonum motiva la traducción á la lengua cambrica, originando el *Brut y Brenhined*, y la misma *Historia Britonum*, inspira al monje de Lancarvan y á los narradores del *Libro Rojo*, como inspiró á Roberto Wace (1).

Queda terminada la discusión con la opinión de M. P. Paris. Aún son muchos los que abogan por la teoría de M. de la Villemarqué; pero, en mi sentir, la dudosa antigüedad del *Libro Rojo*, y de las Triadas del monje de Lancarvan, que permiten estimarlos como reflejos de la *Historia Britonum* y aún como eco de los poemas del siglo XII; la falta de dato y huella acerca del libro armonicano traducido por G. de Oxford, el plagio evidente de la *crónica de Nennius* por G. de Montmouth, y el ser el *Brut y Brenhined*, una traducción de la *Historia Britonum*, son otros tantos hechos que inclinarán á la crítica severa, á aceptar las conclusiones de M. P. Paris contra la hermosa, pero fantaseada teoría de M. de la Villemarqué.

Apoiado en la autoridad de Mr. P. Paris, entiendo de consiguiente, que el origen de la tradición de la *Tabla Redonda* se encuentra en la *crónica de Nennius*, pero á manera de esbozo y como recuerdo de las virtudes y prendas del caudillo Arthur que defendió la independencia nacional contra los Sajones, y como símbolo de la nacionalidad perdida.

El autor de la *Historia Britonum*, G. de Montmouth, no se limitó á traducir á Nennius, sino que intercala, amplifica, enriquece, aumenta, crea con toda libertad, y enlaza el texto de Nennius con pasajes tomados á Virgilio, con tradiciones bizantinas, con la historia de Dédalo, Hércules y Cacus, de la misma manera que escucha las nuevas tradiciones populares de los siglos XI y XII. Arthur no es ya el oscuro caudillo del siglo VI: ahora recorre la Europa acaudillando 180.000 caballeros; va á Jerusalem; ora durante tres días en el Santo Sepulcro; recibe corte en Paris; reivindica el derecho de ceñir treinta coronas; crea la orden de la Tabla redonda, en la que no hay primero ni último; lleva la cruz en la frente y en la espada, y en el escudo la imagen de la Virgen María, y su valor y sus virtudes no tienen parecido en el mundo. En torno suyo reina el amor, el valor, la intrepidez y todas las noblezas.

En esta creación, la leyenda bretona queda como ahogada por la erudición greco-latina del historiador del siglo XII, que recoge de las tradiciones clásicas los embellecimientos y maravillas que han de seducir la fantasía del pueblo. Figura en este cuadro, como el segundo término, Merlin el Encantador, hijo de una monja y de un espíritu del aire, y que en servicio de Arthur agotó todos los recursos de la magia, transformándose en enano, en ermitaño

(1) M. P. Paris. *Memoires sur la Chronique de Nennius*.—Paris, 1865.

y juglar, lo mismo que en ciervo ó ave. Sus amores con Viviana son causa de que, encantado en una prision mágica, quede dominado por su vengativa amiga.

M. de la Villemarqué, consecuente con su teoría, cree descubrir las tradiciones que aprovecha Roberto Wace, en las Triadas del monje de Lancarvan; pero reconoce que el tipo del sabio encantador no se desenvuelve sino en la *Historia Britonum*, y confiesa que en la crónica de Nennius aparecen ya los rasgos culminantes del que representa el genio tutelar de Arthus.

La creacion caballeresca no pára en las figuras de Arthus y Merlin. Mayor boga alcanzan en la literatura de la edad media los nombres de Lanceloto y sus amores con Ginebra y los inmortalizados por Chrestien de Troyes, de Tristan é Iselda. M. de la Villemarqué acude de nuevo á Taliesin y á los antiguos bardos bretones para recoger en sus cantos retratos y aventuras semejantes á las de Ginebra y Lanceloto; pero confiesa que Lanceloto es un personaje imaginario que reemplaza y sustituye al jefe Mael, á quien atribuyen los bardos el rapto de la reina Ginebra, transformaciones que no se explican sino por la influencia de fuentes diversas.

Sin embargo, Lanceloto ó Lanzarote del Lago, como dijeron los nuestros, es figura que sobresale en el ciclo de la Tabla redonda. No conserva la crítica moderna poemas primitivos de esta famosísima leyenda, que constituye por sí sola una rama del ciclo Breton ó de la Tabla redonda, y las redacciones en prosa que han llegado á nosotros, atribuidas á G. Map, pertenecen á la primera mitad del siglo XII. ¿Existieron poemas anteriores de Lanceloto? No hay dato que permita sospecharlo, y Map, es quizá el novelista, que cediendo á las instancias ó mandatos de su señor, escribió esta extensísima narracion en prosa. Despues Chrestien de Troyes escribió su *Lancelot ou de la Charette*, que no pudo concluyendo la obra otro trovera, y escribiendo, por terminar, último, el provenzal Arnaldo Daniel otro Lanceloto, que se cree sirvió de modelo á los minnesinger alemanes.

Lanceloto es el ménos edificante de los paladines de la Tabla redonda. Educado bajo el lago aparente en que la hada Viviana cuidó de su juventud, sus amores con la adúltera esposa de Arthur ó Arthus forman el tejido de su historia, y aparte de su valor é intrepidez, ni la reina Ginebra ni su amante traspasan los límites vulgares de un amor sensual y adúltero. La figura del Rey palidece al lado de la de Lanceloto. Engañado siempre por sus servidores, burlado de continuo por su esposa y por sus caballeros, irresoluto, olvidadizo, necesitado siempre de la ayuda y concurso del amante de la Reina, la noble figura del fundador de la Tabla redonda queda os-

curecida y descende á la categoría de lo vulgar en todos los poemas en que se trata de enaltecer á uno de los caballeros.

De Tristan é Iselda no es ménos larga la historia, porque M. Michel ha recogido los fragmentos de antiguos poemas franceses y anglo-normandos relativos al asunto, y se tiene por cierto que los trovadores provenzales, desde 1150, cantaban sus empresas y aventuras, y los troveros Berox y Thomas abrieron el camino á Chrestien de Troyer, cuyo libro ha llegado hasta nosotros. M. de la Villemarqué cita el canto de un Bardo que juzga anterior á la época en que vivía el trovador Rambaldo de Orange, el primero que cita á Tristan; pero reaparece la duda acerca de la antigüedad de estos cantos de los Bardos que el erudito académico cree de los siglos X ú XI, y que la crítica moderna sospecha pertenecen á épocas muy posteriores, y juzga como inspiraciones derivadas de los poemas provenzales ó franceses.

En los trovadores y troveros, como despues en Chrestien de Troyes, el argumento de Tristan reviste los caracteres de los poemas de aventuras greco-latinos. Tristan, en la corte del rey Marco, peleando con Morkoult, recibe una herida causada por un dardo emponzoñado, y en busca de un médico famoso va á Irlanda, donde conoce á la hermosa Iselda, con quien quiere casarse su tio el rey Marco. La acompaña á la corte Tristan, y en un dia de extremo calor, sedientos, beben Tristan é Iselda un filtro mágico destinado á Marco, y el licor fatal derrama por sus venas un amor vehementísimo que nada ni nadie podrá dominar durante tres años. Vencidos por la fatalidad, los amantes se entregan á su pasion, y sorprendidos por Marco, son condenados á muerte, pero consiguen la libertad huyendo á los bosques. Sin embargo, Marco perdona á Iselda, que regresa á la corte, y con ella Tristan. Sorprendidos de nuevo, Iselda invoca el patrocinio de Arthus, y prèvio un juramento capcioso de la reina, sale vencedora del combate, porque Tristan vence en la lid á los acusadores. El filtro perdió, en efecto, su virtud á los tres años, y Tristan, roto ya el encanto, se casa con la hija del rey Hoel. Pero si no era ya el filtro, era la pasion la que devoraba á Tristan, y envía mensajes á Iselda, conviniendo en que si accedía á sus súplicas las naves mensajeras se engalanarían con velas blancas, y serían negras en caso contrario, incidente tomado de la literatura griega, como advierte M. P. Paris. La jóven esposa de Tristan, penetrando su secreto, burla sus esperanzas, consiguiendo que fuera negra la vela de la nave mensajera, y Tristan espira de tristeza al creer en el olvido de Iselda.

Iselda, sin embargo, había acudido al llamamiento de su antiguo amante. Una tenaz tempestad com-

bate su nave por espacio de cinco días, y llega á la deseada orilla cuando la muerte de Tristan cubre de luto tierra y cielo. Muda de terror y espanto, Iselda cruza las calles y llega á palacio, y á la vista del cadáver de Tristan, quiere morir de ternura y de dolor, ya que su amante murió de amor. Abraza los inanimados restos de Tristan, y en el mismo lecho espira.

Tristan é Iselda son los personajes más sentimentales del ciclo de la Tabla redonda. El filtro fatal que les había inspirado la sensual pasión, causa de sus primeras aventuras, engendra en su corazón, aún perdida la fatídica influencia, una veheméntísima pasión, que rompe los vínculos de un doble casamiento, y espiran de amor y de dolor en el mismo lecho. Pero en estos caracteres se descubren las influencias, provenzales señaladas por M. Fauriel, y que constituyen los rasgos de la caballería frívola, ligera, galante y sensual, tan celebrada por los trovadores del Mediodía. Fauriel encuentra citas y referencias de hechos culminantes del Tristan en Rambaldo de Orange, Beltran de Born, Bernardo de Ventadour, Arnaldo de Marueilh, trovadores todos anteriores al siglo XIII, de cuyos hechos infiere la verosímil suposición que desde 1155 á 1165 existía un poema provenzal de Tristan, es decir, en época anterior á las demás redacciones conocidas, sino es que, contra la opinión de Fauriel y Walter Scot, se sigue creyendo que en los días de Enrique II de Inglaterra, Gasc escribió la extensa narración en prosa del Tristan que ha llegado hasta nosotros.

De todas suertes, los caracteres señalados de Tristan inclinan á la opinión de M. Fauriel, y justifican la sospecha del origen provenzal, de un poema, que por su tinte sentimental, se separa del gusto dominante en este ciclo. M. de la Villamarque renueva sus teorías con motivo del *Caballero del Leon* escrito por los años 1160 por el mismo Chrestien de Troyes, y en el cual el protagonista, acompañado de un leon, recorre el mundo, mata gigantes é hijos del diablo, y monstruos, y es espejo de amantes, no siempre leal, pero siempre pronto á reconocer su falta, como Digenis el héroe del poema bizantino. El maravilloso campea en este poema: más que en otro alguno, y este maravilloso consiste en el anillo mágico de Luneda, en los prodigios de la selva Bretiliana, en la que las aguas son seres animados, y en el leon, eterno compañero del héroe, extremos todos que nos separan á gran distancia de las fuentes bretonas y que dan fe de la influencia greco-latina en los cantos de Chrestien de Troyes.

A Chrestien de Troyes atribuye el honor también de haber escrito otro poema, *Erec y Enida*. Erec, hijo del rey de Bretaña, se enamora de Enida, y después de varias aventuras, muere junto á su es-

posa. Un conde altanero llega al castillo en el momento del duelo, préndase de la viuda, y manda preparar las bodas; pero el olvidado cadáver vuelve á la vida, mata al raptor y reina después tranquilamente en Nantes (1).

Por el juicio contradictorio de las teorías de M. de la Villemarqué, y de las opiniones de M. Fauriel y M. P. Paris, el ánimo más prevenido en pro de los orígenes populares y bretones, respecto á este ciclo del rey Arthus y sus caballeros, no puede menos de reconocer y confesar que el monje Nennius, en el siglo IX, recoge en su crónica algunas tradiciones bretonas, más como recuerdos y notas históricas que como creaciones poéticas, y que estas tradiciones empleadas y embellecidas por G. de Montmonth, con cuanto la erudición del tiempo podía prestar de maravilloso y sorprendente, pasan á manos del anglo-normando Roberto Wace y del trovador Chrestien de Troyes, que acaudalándolas aún con los frutos de su erudición y de su inventiva, originan el poema caballeresco, tal como influyeron estos poemas en el siglo XIII, no sólo en Francia, sino en toda la Europa.

En G. de Montmonth, en Roberto Wace y Chrestien de Troyes, ¿qué hay de popular, qué de eruditos? De popular, poco ó nada. La vaga reminiscencia de Arthus, caudillo valeroso de la independencia nacional en el siglo VI, y reflejos lejanos de tradiciones bretonas, prácticas druídicas, que se confundían con las creencias galo-romanas. En cambio, de tradicional greco-latino, encontramos la concepción del poema de aventuras, el maravilloso de las hadas, monstruos, enanos, dragones, leones, anillos mágicos, filtros que dan la ciencia ó imperan el amor, encantamientos y espadas prodigiosas, y amuletos, la alegoría bizantina y erudita, y la imitación visible de paisajes y situaciones de la poesía greco-latina.

Pero no debe la crítica recoger tan sólo esta enseñanza, sino advertir que los héroes de las crónicas latinas de G. de Montmonth, y los protagonistas de los poemas de Chrestien de Troyes, no pueden confundirse con los tipos posteriores de los libros de caballería. Lanceloto es adúltero; Tristan es adúltero; Erec olvidadizo; Tristan corresponde al perdón de su tío infamándolo de nuevo, y en el lecho de muerte, y asistido por su esposa, imagina trazas y maneras de llegar de nuevo á Iselda. Ginebra es violenta y adúltera; Iselda adúltera y engañadora, imaginando juramentos de doble sentido. Enida, ante el cadáver de su esposo, no se indigna al ver que la conducen de nuevo al altar. El caballero del Leon es infiel, y sólo Arthus, en el poema de Boron, es modelo y tipo de caballeros sencillos y

(1) *Hist. Litt. de la France*, tom. xv, pág. 193.

erédulos, aunque siempre asistido del sabio Merlin.

El ideal, el tipo perfecto del caballero, la delicadeza, la idealidad moral en las pasiones, en las batallas, en los palacios y en los campos, la alteza de aspiraciones, la generosidad inagotable y el amor generoso y entusiasta hacia todas las grandezas y virtudes, el amparo desinteresado al desvalido, que constituyen la creacion caballeresca, no se encuentra en las primeras formas de la poesía caballeresca. Saca ventaja, bajo este punto de vista, el protagonista del poema heróico-bizantino á los héroes de los poemas de Chrestien de Troyes. Sólo en la última forma de esta inspiracion caballeresca, en el inmortal Amadis de Gaula, se alcanza la perfeccion del tipo.

La demostracion, si necesitaran nuevas probanzas, se encuentra de nuevo en el estudio de los poemas del siglo XII y siglo XIII, que la crítica califica como poemas de aventuras, y que no forman parte del ciclo breton, ni del ciclo carlo-vingio, ni aún del clásico greco-latino. Contemporáneos de los poemas de Chrestien de Troyes, ó posteriores en algunos decenios, son los poemas de *Eracles*, *Flora* y *Blancaflor*, *Guillermo de Dole*, *Guillermo de Palermo*, *Illa* y *Galeron*, *La Poire*, *La Manekine*, *Guy de Warwyke*, *Blonde de Oxford*, *Blancandin*, y tantos otros que describen y encomian los eruditos (1). Sea el que fuere de estos poemas el que se estudie, *Amadas é Idoine*, *Flora* y *Blancaflor* ó *Blancandin*, encontramos tipos de amantes fidelísimos y enaltecido el amor hasta tocar en la deificacion dantesca. Ninguno de los paladines señalados en los poemas de Chrestien de Troyes puede sostener el parangon con el nobilísimo amator de Blancaflor, que sintiéndose morir por el dolor de la ausencia, peregrino por el mundo en busca de su amada, y no hay escena de mayor delicadeza en la poesía caballeresca que la generosa lucha de abnegacion y ternura de los dos amantes ante el Soldan y su corte (2). Amadas parece que anuncia la exaltacion amorosa de Amadis de Gaula. Blancandin es tipo de lealtad y de constancia, y estas virtudes y la honestidad, dulzura y direccion de las doncellas Blancaflor, Idoine, Orgullosa, etc., contrastan con los arrebatos carnales de la heroína caballeresca.

No nacían estos poemas de aventuras, entre los que figura el Libro de Apolonio castellano, de fuentes indígenas. Sus orígenes son greco-latinos ó bizantinos, en opinion de todos los doctos y como justifica su simple lectura; y sin embargo, el amor y las virtudes se reflejan con mayor idealidad y pureza que en los poemas caballerescos de Chrestien de Troyes, de donde se sigue que, no á las

fuentes célticas, sino á las tradicionales de la cultura latino-bizantina, se debe acudir para reconocer los ideales (como ahora se dice) que inspiran á los poetas y novelistas que cultivan este género.

De todas suertes, bien fuera en prosa la primitiva narracion de los poemas del ciclo Breton, bien se remozaran convirtiendo los antiguos poemas en narraciones prosáicas á mediados del siglo XIII, como indican Daunou, Fauriel y Gautier, no hay duda de que no son populares, sino eruditos, los orígenes del ciclo de la Tabla redonda, y es lo cierto que no expresan hechos históricos ni representan el genio especial de una raza, ni significan tendencias particulares de una literatura dada, sino que son verdaderos poemas de aventuras, hijos de la libertad de la fantasía, que aprovecha las tradiciones latinas de la cultura general greco-latina de la tradición bizantina, ensanchando los campos y los ciclos de la poesía, que moría repitiendo y parafraseando las gestas y los poemas carlo-vingios.

No se encuentran en estos poemas las idealidades y eróticas que por lo comun van como sobreentendidas en la frase de caballeresco y caballería. Apuntan sin duda estos gérmenes, pero el honor tributado á la mujer, es una galantería páfida y sensual, que recuerda las malas artes de Ovidio. Esta caballería es la *terrestre* de que habla M. Fauriel, y que sólo se dirige á los sentidos, y sólo estimula las flaquezas y debilidades del sexo siempre perseguido. No es aún el cristianismo el que informa á los corazones y regla los sentimientos dirigiendo todos los actos al cumplimiento del bien. La cultura literaria y filosófica, que tan gloriosos dias consigue en Francia en el siglo XII, había pulido las costumbres, trasformando en cortesano y erudito al Breton, al Franco y al Normando; pero no lo había educado científica, moral ó socialmente, ni pasaba la cultura de barnices y afeites de refinamiento y galantería en las clases aristocráticas. No olvidemos que Chrestien de Troyes era el traductor de *Ovidio*, y el prestigio propio del erótico poeta de la corte de Augusto influye en mi sentir de una manera decisiva, en los gustos y aficiones del poeta anglo-normando.

M. Gautier, al pretender explicar las causas y motivos de la trasformacion del gusto en el siglo XII, pasando de carlo-vingio á caballeresco, estima como muy principal la introduccion del elemento femenino en la poesía caballeresca, y que quedaba olvidado por completo en los cantos de gesta carlo-vingios. Es verdad, y los partidarios de las influencias germánicas, y los que miran en las costumbres germánicas el origen del ennoblecimiento de la mujer, deben explicar el fenómeno. ¿Cómo en la poesía germánica franca y carlo-vingia no aparece el tipo femenino, y por el contrario, en la

(1) *Histoire litt. de la France*. Tomo XXII, pág. 757.

(2) *Flora y Blancaflor*. Ed. de Becker. Berlin, 1844.

poesía que sucede á la carlo-vingia, en el amor y gusto del público, las creaciones de Ginebra, Iseldas, Blamafloras y Lunedas, constituyen el nudo y el centro de la fábula?

Creo se explica el hecho recordando, que la poesía carlo-vingia era la poesía indígena, nacional, espontáneamente nacida de la fantasía popular, y en la tradicion heróica no encuentran puesto y lugar las mujeres. Pero en la tradicion greco-latina, en las tradiciones homéricas que el poeta cantor de la guerra de Troya, contemporáneo de Chrestien de Troyes, popularizaba; en los libros de Ovidio, que tanto deleitaban al mismo Chrestien de Troyes, los tipos de Helena, Briseida, Andrómaca, Clitemnestra, Penélope, etc., dan los moldes en que se vacían las estatuas de Iselda, Ginebra y Blancaflor, así como las observaciones de Ovidio inspiran las ingeniosidades y malicias de la desenvuelta Luneda, de la Dame du Bracilienne, comparada con exactitud á las Marinettes de Molière.

Acariciado el elemento femenino por estas apariciones artísticas de la mujer en las fábulas caballerescas, no es de extrañar patrocinaran con empeño las nuevas ficciones y que fueran las lecturas de las empresas caballerescas los deleites más saboreados de las mansiones feudales, como lo acreditan escritores contemporáneos, lo revelan los lujosos códices en que se conservan, á deferencia de los pobrísimos en que guardan los cantares de gesta. No sorprende que el cronista Helinand repita que pasaba por mal educado y grosero el que no sabía, á fines del siglo XII, punto por punto, y letra á letra, los hechos y las razones de Tristan é Iselda, Lanzarote y Ginebra.

Cronistas, poetas latinos, trovadores y troveros franceses y anglo-normandos, las córtés de la Provenza de Francia y de Bretaña, inglesas y normandas, todos se recreaban en la audicion y lectura de estas ficciones novelescas, de pura fantasía, realzadas por el maravilloso antiguo, que campea en ellas, sin el tinte sombrío de la demonología cristiana y embellecidas por el tipo femenino de las tradiciones antiguas y por los sentimientos de la poesía erótica provenzal, exaltada por la reaparicion de Ovidio.

No hay, por lo tanto, ni en Roberto Wace, ni en G. Map, ni por último en Chrestien de Troyes y sus inmediatos continuadores, concepciones originales, que traduzcan en la esfera del arte una idea nueva, una civilizacion distinta y apartada de la bizantina y de la clásica. No difiere ni es distinta su creacion de la que resplandece en el poema de Digenis Akritas, y son menos cristianos sus héroes, en su idealidad moral, que el famoso defensor de las fronteras bizantinas. Los héroes de los poemas de Chrestien de Troyes son cristianos, como son monárqui-

cos, nobles y caballeros; porque el poeta establece la relacion de tiempo y lugar con los hechos y las instituciones propias de su tiempo; pero el ideal moral no va más allá del limite en que tocaron el prudente Ulises, el piadoso Eneas, el sabio Nestor ó el melancólico Apolonio.

Sin embargo, el llamado ciclo Breton ó de la Tabla redonda contiene un curioso sub-ciclo denominado del Santo-Greal ó Graal, cuyos caracteres son distintos de los que predominan en los poemas hasta ahora recordados. En este sub-ciclo tiene mayor cabida y expresion más enérgica el espíritu de la cultura cristiana de la Europa central, al comenzar el siglo XIII.

F. DE PAULA CANALEJAS.

(Continuará.)

VOCABULARIO DE LA ECONOMIA.*

MERCADO.

Es el lugar adonde se llevan los productos para el cambio. Significa tambien el punto en que se hace la demanda de un artículo ó en que halla fácil salida, y áun se emplea para designar, en términos generales, la accion de la oferta y la demanda, el conjunto de las relaciones que establece el cambio.

El mercado á que concurren productores y consumidores evita á unos y otros el trabajo de buscarse; sirve para fijar los precios y nivelarlos, y contribuye poderosamente á facilitar la circulacion de la riqueza.

MONEDA.

Se llama así el producto que sirve de intermedio general del cambio y al cual se refieren todos los precios.

Las condiciones de los metales preciosos han hecho que se los prefiera á los demas productos para desempeñar ese oficio. El oro y la plata son homogéneos, de la misma calidad en todas partes; su valor es universalmente reconocido, y, aunque sujeto á alteraciones, tiene cierta fijeza; se dividen con facilidad para proporcionarse á las necesidades del cambio, y se transportan cómodamente porque encierran mucho valor con relacion á su volúmen y peso; su dureza, además, hace que sean permanentes y que se deterioren muy poco con el uso.

Es, por consiguiente, la moneda una porcion de oro ó plata, acuñada en forma de disco, con un sello que garantiza su cantidad y calidad. No siendo posible fraccionar esos metales tanto como exigen los pequeños cambios, que son, por otra parte, muy frecuentes, se fabrica tambien moneda de cobre ó

* Véanse los números 161, 162, 163, 164, 165, 166 y 167: páginas 365, 398, 439, 500, 522 y 558.

bronce, con el carácter de *auxiliar* y un valor de convenio, que excede en mucho al efectivo.

Con la intervencion de la moneda al *cambio directo* ó permuta, sucede la compra-venta ó *cambio indirecto*, llamado así porque uno de los productos que se truecan no se aplica directamente á las necesidades, y cada operacion de cambio se descompone en dos partes, una para convertir en dinero los productos que sobran, y otra para emplearle en la adquisicion de aquellos que hacen falta y han de ser aplicados al consumo. La circulacion, sin embargo, se simplifica y adquiere gran rapidez con esos procedimientos: para que tenga lugar la permuta, no basta que el productor encuentre persona dispuesta á recibir su mercancía; es necesario al mismo tiempo que á él le convenga tomar lo que se le ofrece en cambio, y todavía la transaccion será imposible, estando de acuerdo acerca de la naturaleza de los artículos, si no coinciden tambien en las cantidades que respectivamente poseen y desean. La moneda evita esas dificultades, porque es un producto que se recibe sin inconveniente y satisface á la oferta de todos los otros: en este régimen el industrial ofrece el valor que pudiéramos llamar de consumo, y el consumidor demanda siempre con el valor de cambio.

No es ménos importante el servicio que presta la moneda siendo el metro ó tipo comun en que se expresan todos los valores, pues sin ella, para fijar el precio de un producto sería necesario compararle con todos los restantes. Pero la moneda es al cabo una mercancía, y como tal se halla expuesta á oscilaciones; su valor sube ó baja, segun la situacion que tiene en el mercado, de suerte que la fijeza que da á los precios no puede ser absoluta. Este mal es irremediable, porque habiéndose de tomar un valor para medir los valores, es imposible que la medida sea inalterable, y los metales preciosos son los que están ménos expuestos á variaciones frecuentes y repentinas.

Como la moneda no se adquiere definitivamente sino para cambiarla de nuevo, puede ser reemplazada por medio de un signo, sin valor intrínseco y que le tenga puramente nominal; pero este circulará tan sólo en cuanto su representacion sea efectiva y se convierta en moneda á voluntad del que le recibe.

La accion de la oferta y la demanda proporciona á cada país la cantidad de moneda que necesita, la cual está en razon directa del valor y el número de los cambios é inversa de la rapidez de la circulacion. Cuando sobra moneda, el oro y la plata se exportan y se funden, convirtiéndose en objetos de adorno, muebles, etc., y cuando escasea, se importan y se acuñan otra vez. (V. *Ley monetaria y Unidad monetaria.*)

MONOPOLIO.

«Tráfico abusivo y odioso por el cual una compañía ó un particular vende exclusivamente mercaderías que deberían ser libres.» Esta expresiva definicion de la Academia (Diccionario de 1837) no conviene, sin embargo, al sentido económico de la palabra, que es bastante más extenso. El monopolio es toda restriccion de la oferta, todo obstáculo que impide ó detiene la libre concurrencia de los productores, y no siempre es abusivo, porque esa limitacion puede nacer de las mismas condiciones de la industria, en cuyo caso se dice que el monopolio es *natural*, ó de intrigas de los productores y trabas puestas por los gobiernos, que dan origen á los monopolios *artificiales*.

Existen monopolios de la primera clase en aquellas producciones que son únicas ó se hallan favorecidas por la calidad excepcional de los agentes naturales ó del trabajo que emplean, y libres, por lo tanto, de competencia. Hay monopolio artificial cuando el poseedor ó varios poseedores coligados de un artículo, se valen del convenio, de la violencia ó de otro medio cualquiera para impedir que vayan al mercado más productos que los suyos, y cuando la ley en una ú otra forma limita el ejercicio de la industria y la circulacion de la riqueza. Estos últimos monopolios tienen un carácter *fiscal*, si el Estado se reserva exclusivamente algunas producciones, la del tabaco, la sal, etc., como recurso del presupuesto, y se proponen un fin económico, si consisten en privilegios, exenciones y gracias otorgadas á ciertas industrias, ó en prohibiciones de importacion y derechos protectores encaminados á favorecer alguna aplicacion del trabajo con daño de los demas.

Los efectos de todo monopolio, cualquiera que sea su origen, son siempre los mismos, consisten en la escasez de los productos á que alcanzan, en la elevacion de sus precios y en la limitacion consiguiente del consumo.

Algunos monopolios naturales llegan á desaparecer por los esfuerzos de la actividad, que, aspirando á gozar de ellos, consigue destruirlos; y en los otros que no pueden evitarse, la competencia disminuye sus inconvenientes con la invencion de *subcedáneos* ó artículos similares, ofreciendo los productos á menor precio ó dotándolos de alguna cualidad que no tienen los de la industria favorecida. Los monopolios artificiales, que son una injusticia, no tienen compensacion ni defensa alguna, hacen imposible toda concurrencia, y á ellos deben aplicarse los calificativos de nuestro Diccionario.

NECESIDADES ECONÓMICAS.

En general, *necesidad* significa una *manera de ser precisa, inevitable*, y sirve para expresar la relacion de exigencia que mantienen los medios y los

finés. Necesario se dice aquello de que depende otra cosa, ó que ha de ser forzosamente puesto para lograrla, y en igual sentido se afirma también que es necesario algún hecho ó suceso cuando se han puesto los medios que á él conducen.

Económicamente, pues, *las necesidades* consisten en *las exigencias con que nuestra naturaleza reclama los medios materiales, que son indispensables para el cumplimiento de su destino.*

Los economistas, sin embargo, prescindiendo del rigor filosófico, suelen definir la necesidad no en sí misma, sino considerando sus efectos, y dicen que es la *sensación ó pena* que sufre el hombre por la falta de ciertas condiciones. La confusión de las ideas no puede ser aquí más evidente. El dolor *revela* la necesidad y nos obliga á atenderla; pero el dolor sólo se siente cuando la necesidad no ha sido oportunamente satisfecha; luego esas sensaciones desagradables, en vez de ser el origen, serán la consecuencia de nuestras necesidades. La necesidad de alimentarnos y de vestirnos no consiste en el hambre y el frío que experimentamos al dejar de hacerlo, sino en que la índole de nuestro organismo requiere la asimilación ó el auxilio de elementos determinados. En otros términos: no es cierto que debemos comer porque nos duela el estómago si no lo hacemos, siendo lo exacto que el estómago nos duele porque debemos comer y para avisarnos de ello.

Las necesidades humanas son *físicas y morales*; aquellas tienen siempre carácter económico; estas le tendrán en tanto que su satisfacción dependa de medios materiales.

Las necesidades económicas son *absolutas ó relativas*, según que se propongan la realización de algo esencial para el fin humano, ó se dirijan á cierto grado ó aspecto de ese mismo destino: las primeras son comunes á todos los hombres é independientes de tiempos y lugares; las segundas se ven influidas por todos los accidentes y variedades del desarrollo individual y social; son *progresivas* y crecen incesantemente á impulsos de la cultura.

Los extravíos de la voluntad, y el poder de la costumbre, dan lugar á otras exigencias que se distinguen de las naturales llamándolas impropriadamente *necesidades ficticias ó artificiales*, cuando el nombre que las corresponde es el de *vicios*. La mayor parte de los escritores de nuestra ciencia piensan que esa distinción de las necesidades corresponde únicamente á la Moral, y que la Economía, no pudiendo tomarla en cuenta, ha de tenerlas á todas por legítimas; mas precisamente porque la Moral distingue está obligada á distinguir la Economía, pues no hay ninguna ciencia que pueda ser neutral ni indiferente para con el vicio. Lo que es malo moralmente, malo ha de ser bajo cualquiera otro aspecto; y así

el uso del tabaco, por ejemplo, ó el hábito de los licores, no pueden sostenerse sin la destrucción de una gran cantidad de riqueza, sin arrebatarse al bienestar y mejoramiento humanos un considerable número de esfuerzos y de elementos que se emplean en su daño.

Para la Economía no pueden ser legítimas más que aquellas necesidades que tengan un fundamento real en la naturaleza del hombre.

OFERTA Y DEMANDA.

Económicamente, oferta es el acto de presentar para el cambio los productos y servicios, y demanda, la solicitud de un producto ó servicio, acompañada del ofrecimiento de otro equivalente, ó sea la pretensión en cambio de un artículo de riqueza. Algunos escritores han propuesto que se desechase la palabra demanda, como poco castiza, y que se la sustituyese con la de *pedido* en el lenguaje económico; pero no hallamos motivo para separarnos del uso general, mucho más cuando está sancionado por el Diccionario de la Academia Española.

La división del trabajo obliga á cada uno á buscar por el cambio de los productos que le sobran aquellos que necesita. Son, pues, simultáneas la oferta y la demanda, y en realidad dos aspectos del mismo acto.

La demanda representa la necesidad, y la oferta la producción; por eso aquella es la que guía é impulsa á esta. Todo aumento de la demanda produce el desarrollo de la industria, y esta se detiene ó desaparece cuando la demanda disminuye ó cesa. La demanda es también más general que la oferta, porque cada uno siente muchas necesidades y produce un solo artículo. Así se dice que las cuestiones económicas deben resolverse siempre bajo el punto de vista del consumo.

La relación de la oferta y la demanda es la que determina el precio de los productos en el mercado. El crecimiento de la oferta, consecuencia de los progresos industriales, reduce los precios, y la mayor cantidad de la demanda, que significa la extensión de las necesidades, los eleva. Los efectos de ambas se concilian, porque con la baja de los precios coinciden la disminución de los gastos del producto y el aumento de la demanda, y con la subida de aquellos se produce un estímulo en la industria que da lugar al aumento de la oferta.

La libre acción de la oferta y la demanda es lo que se llama *concurrentia ó competencia* y una de las leyes que regulan el cambio, y la producción, por consiguiente, de los bienes económicos. (V. *Concurrentia y Precio.*)

J. M. PIERNAS Y HURTADO.

Catedrático de la Universidad de Zaragoza.

(Continuará.)

LOS ORADORES DEL ATENEO.

DON JOSÉ MORENO NIETO.

Largos años hace que el Ateneo de Madrid guarda en su seno como precioso tesoro un hombre estudioso, modesto y elocuente.

Cuando este hombre, arrobado por el canto de la sirena política, ha querido lanzarse en sus revueltas aguas, se le ha visto como el que después de un plácido sueño abre los ojos en lúbrica estancia donde el vicio desentona con procaz algarabía, llevarse á ellos las manos, vacilar y estremecerse como si le doliera aquel contacto, é inclinándose de nuevo la cabeza, sumergirse en el éter de los gratos sueños.

¡Silencio! No le despertemos.

Este hombre, moviéndose con embarazo por las sinuosidades y asperezas de la política, es el ruiseñor que bate sus alas y mueve su lengua en medio de los buitres.

Todo consiste en que no es hábil, según dicen. Acaso consista en que no sabe arrastrarse, pensamos nosotros. De todas suertes, poco nos importa la personalidad política del Sr. Moreno Nieto, puesto que se halla eclipsada totalmente por la del orador y la del sabio. Vamos á decir algunas palabras sobre la oratoria del Sr. Moreno Nieto, en cumplimiento del compromiso formal que con el público hemos contraído.

El Sr. Moreno Nieto estudia mucho, acaso más de lo que fuera menester, y escribe poco, ó casi nada. Esto produce un doble resultado: primero, una asombrosa erudición en las ciencias á que predominantemente se consagra, que son las llamadas morales y políticas; después, cierta vaguedad é indisciplina en el pensamiento, que le hacen aparecer á los ojos de sus adversarios como desprovisto de convicción y de firmeza en sus opiniones. Cualesquiera que sean las mudanzas á que el Sr. Moreno Nieto haya cedido en el curso de su laboriosa vida, yo sé con toda certeza, sin embargo, y así lo declaro paladinamente, que no responden ni al cálculo ni á la ligereza; fruto son del exámen y el estudio.

El Sr. Moreno Nieto no escribe, volvemos á decir; pero habla, y habla con pasmosa facilidad. Con mayor, jamás hemos oído hablar á nadie. Esos soplos débiles y fugaces del pensamiento, que en los demás no bastan á despertar la lengua, en él son chispas que la abrasan y retuercen; esos inefables sentimientos que en el fondo del corazón duermen, sin definirse, se hablan y definen por su boca; esos vagos y tenues rumores que se escuchan apenas en los profundos abismos del alma, llegan á su oído distintos y atronadores. Pudiera decirse que el señor Moreno Nieto cuando habla pone un cristal en su pecho para que todos, grandes y pequeños, vaya-

mos á contemplar las alegrías y las tristezas, los triunfos y los desmayos, las luchas y los dolores de un corazón elevado y generoso. El resultado de esto es que, á pesar del ímpetu y violencia con que salen las palabras de su boca, verdadera lava que va á caer derretida sobre las cabezas de sus adversarios, le miren éstos con particular cariño, contentándose con sonreír maliciosamente mientras habla, y con exponer alguna de las contradicciones en que incurre, después que cesa. ¡Maravilloso poder de la ingenuidad! Los mismos que levantan murmullos de protesta cuando algún orador atusado y relamido empuña la bandera de la tradición, acogen con salvas de aplausos las descargas cerradas del señor Moreno Nieto. Y en esto puede reconocerse con toda precisión la antigüedad que cada cual goza en la casa. Los que por vez primera acuden al Ateneo para sentarse en los bancos de la izquierda, véseles alterados é impacientes al escuchar aquella granizada de denuestos con que el Sr. Moreno Nieto salpica sin cesar las doctrinas que combate, y es indispensable que los veteranos, para evitar conflictos, los sujeten por los faldones, diciéndoles al oído al propio tiempo: «Sosiéguese usted, compañero; ya verá usted cómo no es nada.»

La facundia de este orador es imponderable. Después de hablar dos horas y media, sale sigilosamente del salón con ánimo de engullir un sorbete, célebre ya en los fastos del Ateneo. ¡Desdichado! Los sabuesos que dejó malparados en la contienda le siguen de cerca y le alcanzan en la puerta de la Biblioteca. Acorralado allí, se defiende siempre hasta quemar el último cartucho, que es la postrera palabra que espira en sus labios.

El palenque está abierto. La voz de los ujieres, á guisa de clarín, acaba de anunciarlo. Todos presurosos acudimos á colocarnos en aquellos potros, verdadero baldón del ramo de ebanistería que reciben el nombre inverosímil de butacas. La izquierda ostenta sus ojos brillantes y negros cabellos. La derecha exhibe su frente venerable y la grave rigidez de sus modales. El leal caballero se presenta. Pero, ¿qué es lo que acontece? El caballero acaba de lanzar su bridón á la carrera. ¡Virgen de las tormentas, qué acometida!

Su lanza salta en mil pedazos. Empuña la espada y se revuelve dando furiosos mandobles. Pero, ¿qué es lo que va persiguiendo allá abajo? ¡Ah! ya la veo, es la filosofía de Krause. Rechina su armadura y el polvo enturbia los aires.

Torna y vuelve á arremeter con creciente denuedo. ¡Quién resiste al diluvio de estos golpes! Huyamos. ¿Tendrá al ménos un tendón vulnerable como Aquiles?

Quizá, y á buscarlo se aplican con ahínco varios campeones.

Muchos años hace que el caballero viene ejercitando su valor y bizarría en estas contiendas, y la experiencia no le ha enseñado á preparar traidoras emboscadas ni á tejer insidiosas asechanzas. Lucha con bravura, pero siempre de frente y alzada la visera.

Como la pitonisa que asciende sobre el sagrado trípode, y al recibir en su frente los vapores pestilentes de la divina cisterna, siente el fuego de misteriosa llama, y se agita y se retuerce presa de fatal impulso, así el Sr. Moreno Nieto, subiendo á la tribuna y al aspirar los húmedos vapores de la pelea, se ve poseído de un calor desconocido que forja sin cesar pensamientos cada vez más luminosos y frases cada vez más hermosas. El alma sube entónces á los ojos y quiere salir al exterior.

El orador vive para leer, como la sibila, los secretos inextricables del porvenir, y llora también con sublime emoción sobre las ruinas poéticas del pasado. Espíritu generoso, escruta con ansia los lazos invisibles que unen las aspiraciones del presente con la historia, y los presenta á nuestros ojos con vigorosa elocuencia.

Algunas veces se vislumbra que su alma, poseída de espanto ante las recias y fragosas contiendas del pensamiento filosófico, se aferra con más ansia que absoluta convicción á una creencia. Esto, no puedo ménos de confesarlo, me inspira hácia él profunda simpatía. Los dolores que sufre nuestro cuerpo son tan crueles, que nos hacen exhalar agudos gritos. Pero ¿qué me decís de esas luchas invisibles en que el alma se tortura y se abrasa día y noche, latiendo sin cesar dentro del pecho como si albergáramos en él pequeña bestia? ¿No veis con qué ardor lima ese cautivo las rejas de su cárcel? ¿No le veis caer rendido y jadeante, con el llanto y la angustia en los ojos? ¿Qué cosas tan tristes volarán por su pensamiento! Respetemos este dolor y amemos á los hombres que trabajan por abrirnos las puertas del infinito.

Dicen que los árabes, forzados en sus largos paseos por el desierto á un ayuno continuado de palabras, si la ocasión se presenta, que debe ser de Pascuas á jueves, saben darse harturas más que regulares de plática. El Sr. Moreno Nieto, después de peregrinar largamente de un cabo á otro de la biblioteca durante varios días, se dirige á la sección, y con tal apetito entra en el debate, que no le bastan para saciarlo varias horas. Nos hace recorrer con velocidad que causa vértigo todo el panorama de las cuestiones vitales, y saltando de astro en astro visitamos en corto tiempo todos los puntos luminosos que brillan en el cielo del pensamiento. ¿Quién se atreverá á censurar las metamorfosis de sus ideas? ¿Por acaso no hay hermosuras en todos los parajes del camino recorrido? ¿No hay también en todos ellos indignidades y torpezas? Son muchas las flores de donde su inteligencia podrá extraer la

miel sabrosa. Mucho también es el cieno donde sus alas corren peligro de mancharse. Si la humanidad muda diariamente de creencias y opiniones, ¿qué podrá ser la individual firmeza!

Jamás emplea la chanza ó la burla para atacar las doctrinas que tiene enfrente. Cuando es objeto de ellas, su indignación sube de punto y se irrita y exaspera, pero la rabia de que se siente poseído á nadie infunde pavor ni miedo. Tiene un dejo de infantil inocencia que la hace simpática más que repugnante.

El conocimiento que del auditorio tiene es, si la paradoja valiera, inconsciente; sabe apreciar en globo los efectos, pero no llega su penetración á graduar los últimos registros. El período sale terso casi siempre, pero el ímpetu que trae lo prolonga á menudo más de lo conveniente, rebajando un poco su belleza.

Aunque la palabra es fogosa y la entonación acalorada, apenas se vale de imágenes para expresar su pensamiento. Cuando las emplea, son animadas y del mejor gusto.

Resumamos el carácter del Sr. Moreno Nieto.

Elocuente y un poco más impetuoso de lo que fuera necesario; carece de los recursos del orador experto, porque en el Sr. Moreno Nieto nada pende de la experiencia, y todo de su genio vigoroso y espontáneo: es en el ademán arrebatado, pero noble y simpático: por último, en la incontestable vacilación que se observa en sus ideas, creemos ver reflejada esa lucha sorda pero profunda en que viven los entendimientos de este siglo ¡tan grande y tan desgraciado!

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

EL JÓVEN ENFERMO.

IDILIO DE ANDRÉS CHENIER.

«Apolo, salvador, dios de las plantas
Que vuelven la salud, dios de la vida,
De los sacros misterios, poderoso
Vencedor de Piton, jóven, triunfante,
Ten del hijo piedad, del hijo mio...
Es uno solo; y de su madre triste
Apíadate también, que siempre llora,
Que por él vive, y muere abandonada,
Sin más apoyo, si le falta el hijo.
¡Ay, por qué vivo, si mi bien concluye!
Tú, que eres jóven, por piedad, ayuda
Su tierna juventud; oh dios, extingue
La llama de la fiebre que le abrasa
El débil pecho, llama que devora
La pura flor de su inocente vida.
El vaso rico de ágata labrada
Pondré á los piés de tu sagrada imagen
Si el hijo de mi amor huye la tumba

Y en Ménalo otra vez cuida el rebaño;
Vuélvele la salud, y en cada estío
De un toro bramador caerá la sangre
Ante las aras de tu templo, Apolo.—

Y tú, hijo mio, así, ¡siempre inflexible!
¿Será eterno el silencio? ¿por qué callas?
¿Por qué quieres morir? ¿por qué me dejas
Sola en el mundo, y en mis tristes años,
Con la nieve en la frente? ¿Tus pupilas
Yo propia cerraré? ¿y á mí me pides
Que al lado de tu padre te sepulte?
Yo esperaba de tí para mis restos
Esos tiernos cuidados, y esperaba
Que fueses á llorar sobre mi tumba.
Habla, te ruego, y tus pesares dime.
¡Siempre tus ojos á la tierra miran!
Habla...

—Madre, yo muero, adios, ¡ay madre!

No, ya no tienes hijo, porque muero.
Sí, te pierdo.—Una llaga... es una llaga
Envenenada, ardiente, que me roe.—
Madre, ¿no ves con qué dolor respiro?
Y cada aliento el último parece.
Ya más no te hablaré. ¡Si me lastima
Mi propio lecho!... madre, cómo abruma
Este lino, me abruma y me consume:
Todo, todo me pesa y me fastidia.
Ayúdame... que muero. Así, de lado...
Dame vuelta... ¡yo espiro! ¡qué dolores!

—Toma, bebe, hijo mio; en esta copa
Enciérrase un licor que da la vida
Con su calor y el ánimo y la fuerza;
De adormideras y dictamo y malva
Mezclé los jugos y hallarás reposo;
Enternecida por ferviente ruego,
La buena encantadora tesaliana,
Al hervir la poción, préstale hechizos.
Tres veces dió la vuelta con su carro
Por ese cielo azul el sol radiante
Sin que tu débil cuerpo disfrutara
De los dones de Ceres ni del sueño.
Toma, bebe, mi bien; ríndate el llanto
De tu madre infeliz, tu anciana madre
Que te ruega, que un tiempo conducía
Tus pasos vacilantes, y en su seno
Te sentaba, oprimiéndote en sus brazos;
Tu madre á quien decías «madre amada»
Y que á tus labios enseñó á decirlo;
La que cantaba, porque tú rieras,
En medio del dolor; que de tus ojos
Lágrimas arrancaba, entre la risa.
Toma, bebe y oprime con tu labio
Pálido y seco, que á mi pecho un día

Los jugos de la vida le arrancaba,
Oprime el vaso que el licor encierra
Que te dé vida, como un tiempo pudo
Dártela el jugo de mi propia sangre.

—¡Laderas de Erimanto! ¡valles! ¡bosque!
Viento sonoro y fresco que las hojas
Y cristalinas ondas removía
Con un suave temblor, y que agitaba
Los pliegues de la túnica de lino
Sobre aquel albo seno, ¡oh coro alegre
De ligeras beldades bulliciosas!...
Madre, tú no lo sabes, fué en la orilla
Del Erimanto, donde no hay serpientes,
Rapaces lobos, ni veneno oculto...
¡Rostro divino! ¡oh fiestas, oh canciones,
Danzas y flores, y las ondas puras!...
No hay tan bella region sobre la tierra.
¡Qué brazos... y qué flores; qué cabellos,
Qué piés desnudos, blancos, delicados!
¿Y ya no los veré? Pronto, llevadme,
Del Erimanto á la encantada orilla;
Quiero ver á la vírgen de mis sueños;
Quiero ver aquel humo que se eleva
Sobre aquel techo, y que se esparce y gira
En derredor del plácido recinto.
Al lado de aquel padre, el más dichoso,
Con su voz, sus caricias, su ternura
Encanta su vejez... y ahora la veo,
Mirando por encima del vallado,
Sobre una tumba pensativa y triste
Detenerse y llorar... llora á su madre!
¡Dulces lágrimas son! ¡rostro divino!
No vendrás á llorar sobre mi tumba
Como ahora lloras, ni á decir al viento,
Gimiendo así «las Parcas son crueles!»

—Amor, eso es amor; el insensato
En las entrañas te dejó esa herida.
Siempre lo mismo; ¡ay míseros mortales!
Eslavos sois, el llanto más secreto
Siempre el amor al corazón lo arranca;
Y tú también... ¡el hijo de mi vida!
Pero dime, ¿quién fué? ¿qué vírgen pudo
Del Erimanto alegre en la ribera
Tus ojos encantar? ¿Pues no eres rico,
No eres hermoso? Sí, ¡que hermoso fuiste
Primero que el dolor te marchitara!
¿Acaso Eglea, la hija de Neptuno?
¿Irene acaso, la de trenzas blondas,
Blondas y largas?... no, mas bien la fiera,
La orgullosa beldad que alaban todos,
La que es terror de esposos y de madres
En los templos igual que en los festines,
La que miran las bellas con envidian,
La hermosa Dafne...

—¡Oh, dioses! madre, calla,
 Calla, madre, ¿qué has dicho? sí, la fiera
 Y orgullosa deidad, bella y terrible
 Como los dioses, que desdeña á todos
 Aunque todos la adoran; y á mis ansias,
 Si le hablase de amor, les diera en pago
 El desden con que á todos galardona.
 Sí, calla, madre, que jamás lo sepa:
 Mas, ¡ay de mí! ya ves cual me consumo.
 No, ¿qué digo calla? búscala, corre;
 Ten piedad ó me muero; en tu semblante,
 En tus años tal vez verá el recuerdo
 De aquella madre cuya muerte llora.
 Toma esa cesta y frutos regalados,
 El Amor de marfil, que honra á los nuestros,
 Y la copa preciosa que en Corinto
 Robada fué, mis tiernos recentales,
 Toma mi corazon, toma mi vida,
 Tómallo todo y á sus piés lo rinde.
 Dile quién soy; dirásle que me muero,
 Que te quedas sin hijo; y á su padre
 Suplícale tambien, cae de rodillas,
 Persuade, gime, implora, en fin, obliga;
 Y ruega por los cielos, por los mares,
 Por el ara y el templo, y por los dioses...
 Vé, madre, y si á tus ruegos se resisten,
 Vuelve llorando... moriré por ella:

—No, tú no morirás, que me lo anuncia
 La esperanza feliz.—Y aquella madre
 Se inclina sobre el lecho, y en silencio,
 Sobre la frente del enfermo llora
 Y con besos las lágrimas enjuga.
 Y luégo corre, temblorosa, inquieta;
 La ansiedad y los años vacilantes
 Sus pasos hacen, pero llega al cabo.—
 Pronto vuelve anhelante, y desde léjos
 —«¡Vivirás, vivirás!» al hijo grita,
 Y se arroja á los piés del lecho triste.
 El anciano la sigue sonriendo;
 La jóven va detrás; la frente pura
 Teñida de rubor al suelo inclina,
 Breve mirada sobre el lecho tiende,
 Y tiembla el insensato que la espera
 Y bajo el lino la cabeza esconde.
 Mas ella exclama:—«Amigo, hace tres dias
 Que ausente vives de la alegre danza;
 Dicen que morir quieres, y que sufres,
 Que yo puedo curarte: vive, vive,
 Y juntemos en uno los hogares;
 Hija yo de tu madre seré entónces,
 Y tú serás el hijo de este anciano.»

LEOPOLDO ALAS.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

CÁTEDRA DEL SEÑOR VILANOVA.

GEOLOGÍA AGRÍCOLA.

XVII.

Para terminar el estudio de las propiedades físicas de las tierras empezado en la lección última, conviene que digamos algo esta noche acerca de las cuatro últimas.

CUARTA PROPIEDAD.

PERMEABILIDAD Y CAPILARIDAD.

La permeabilidad es la propiedad que posee el suelo de dejar pasar el agua á través de su masa, propiedad preciosa, en virtud de la cual los líquidos nutritivos y excitantes, el aire y las sustancias gaseosas llegan hasta las raicillas, por donde penetran en el tejido de las plantas.

Toda operación que tenga por objeto disminuir la adherencia ó cohesión de los diferentes elementos de las tierras, aumenta en razón directa la permeabilidad, siendo este uno de los mejores resultados que á su favor obtienen las plantas.

Para determinar comparativamente en diferentes tierras esta propiedad tan importante, se toma de cada una un peso igual, por ejemplo, un kilogramo, procurando que se hallen en el mismo estado de sequedad. Despues se diluye cada una en un litro de agua, y la pasta ó papilla que con ella se forma se vierte en un tamiz de seda ó crin, colocado sobre una vasija de barro. Hecho esto, se rocía la masa con 10 litros de agua, teniendo cuidado ántes de igualar la superficie de la tierra con los dedos mismos. Anótase con cuidado el tiempo que en cada una emplea el agua para atravesar la masa, y la mayor ó menor presteza con que lo verifique dará la medida de su permeabilidad respectiva.

Los extremos de la escala de la permeabilidad los representan la arena que deja pasar el agua con la misma rapidez con que se vierte, y la arcilla que apenas la deja filtrar.

Pero si bien es verdad que la permeabilidad de la tierra determina su carácter seco ó húmedo, no es ménos positivo que esta propiedad no basta para explicar la ascension y penetración de los líquidos, particularmente de los que desde el subsuelo llegan hasta las raicillas de las plantas. Este segundo efecto, aunque muy análogo al anterior, es debido á la capilaridad, propiedad de que en general gozan todos los cuerpos porosos, y que se ha llamado así por experimentarse de un modo muy decisivo en los tubos que por razón de su pequeño diámetro se les da el nombre de capilares.

Con efecto, si sumergimos en un líquido cualquiera, bien sea tubos de cristal de diferente cabida ó diámetro, bien láminas más ó menos aproximadas de dicha sustancia, se nota que si el líquido moja, se eleva en ellos á un nivel tanto más superior con respecto al de la vasija, cuanto menor sea el diámetro del tubo ó la distancia que separa las láminas. Este fenómeno tan curioso depende de la afinidad del líquido por el vidrio ó cristal, y de la atracción recíproca de las moléculas del líquido entre sí.

El pedazo de azúcar que se sumerge por uno de sus extremos en un líquido, como la mecha de una lámpara y la esponja de que nos servimos para la limpieza, demuestran claramente esta propiedad, pues en todos estos cuerpos el líquido sube contra su propio peso con más ó menos presteza hasta un nivel muy superior al del punto de contacto.

Esta propiedad, en virtud de la cual el agua y hasta las sustancias solubles y fijas se distribuyen de un modo uniforme en la tierra, elevándose desde las capas profundas ó desde el subsuelo hasta las raicillas de las plantas, se halla relacionada de un modo directo con la permeabilidad, notándose, sin embargo, que la máxima y la mínima no corresponden precisamente con la mayor soltura de los elementos de la tierra, como se ve en las arenas, ni tampoco con la trabazón y dureza de las arcillas, sino que coincide con un grado medio de permeabilidad. Véase de paso si es importante bajo todos conceptos el conocimiento de estas propiedades físicas de la tierra, en las cuales residen las mejores condiciones de fertilidad dada una determinada composición química.

El modo de apreciar aproximadamente esta propiedad en las tierras es muy fácil, pues se reduce á tomar cierta cantidad en diferentes campos, se amasan separadamente, y luego de secarlas á la lumbre de un hornillo formando con ellas cilindros, por ejemplo, se introducen por uno de sus extremos en el agua hasta el mismo nivel; la altura que el líquido alcanza, y la mayor ó menor prontitud con que sube, darán la medida de su capilaridad.

En general puede decirse que todas las operaciones y mejoramientos que se emplean con objeto de comunicar cierta soltura á la tierra, facilitan de un modo notable esta propiedad, de donde es fácil deducir la grande importancia de aquellas y de éstas para la fertilidad de una tierra.

QUINTA PROPIEDAD.

DISMINUCION DE VOLÚMEN POR DESECACION.

La retracción ó disminucion de volúmen por desecacion, esto es, por la pérdida de la humedad que adquirió la tierra, es tambien una propiedad importante, pues segun el grado que alcanza, así su-

fren más ó menos las raíces, sobre todo las más delicadas, durante las pertinaces sequías. Apréciase esta propiedad de un modo relativo y fácilmente, pues se reduce á formar con las diferentes tierras humedecidas un cubo de iguales dimensiones para todas, midiéndolos despues de haberlos dejado secar al aire libre ó al sol por un mismo espacio de tiempo. Cuando ya no pierden peso, se miden de nuevo, siendo la medida de la retracción la diferencia que ofrece su respectivo volúmen comparado con el primitivo.

De los experimentos practicados con este objeto se ha deducido que el mantillo, así como es la sustancia que más se esponja con la humedad, es igualmente el que sufre ó experimenta mayor retracción, llegando ésta á representar el quinto de su masa. Entre las tierras pobres de mantillo, las arcillosas son las que pierden mayor volúmen por la desecacion, si bien es cierto que la interposicion de otras sustancias, y particularmente de la arena, de la caliza ó de la marga, hace modificar esta propiedad en razon de la mezcla. La diferente retracción de la arcilla y de la caliza explica satisfactoriamente la pulverizacion de la marga cuando ésta se deja expuesta á la influencia de los cambios atmosféricos, pues los puntos de contacto entre ambas sustancias se separan por efecto de la diferente retracción, y en su consecuencia la piedra se agrieta, se esfolia y reduce á fragmentos, y en último resultado se convierte en polvo. En esta propiedad se funda precisamente el uso de la marga como mejoramiento de las tierras, segun veremos más adelante.

SEXTA PROPIEDAD.

ABSORCION DE LOS GASES.

La tierra, además de la absorcion de la humedad atmosférica, goza de la propiedad de apoderarse de las sustancias gaseosas, y particularmente del oxígeno, ácido carbónico y amoniaco, sustancias que desempeñan las funciones más importantes en la vida de las plantas, pues aunque algunos químicos han puesto en duda esta accion, los experimentos de Schubler han demostrado lo siguiente:

1.º Que las tierras no absorben nada de oxígeno cuando están secas, y que esta propiedad se ejerce no sólo cuando aquellas ofrecen cierto grado de humedad, sino tambien en el caso de hallarse cubiertas de una capa considerable de agua.

2.º Que la escala de esta propiedad de las tierras empieza por el mantillo, que es el que la posee en el más alto grado; siguenle la magnesia, las arcillas, la tierra caliza fina, la arena caliza y el yeso, terminando por la arena silícea, que apenas absorbe nada.

Esta propiedad ofrece á veces un sello físico, ó

por mejor decir, ella es en sí física, siendo simplemente una especie de adhesión como cuando se verifica por el carbonato de magnesia en virtud de su gran porosidad; mientras que otras es al parecer química, como sucede cuando el mantillo absorbe los gases. En este último caso la absorción enérgica determina un cambio de naturaleza en el mantillo reducido á perder parte del hidrógeno, que, combinándose con el oxígeno del aire en proporciones determinadas, forma agua que es absorbida, reemplazando á un volumen igual de ácido carbónico que se desprende. Cierta grado de calor se desarrolla como resultado de estas reacciones químicas, lo cual á su vez favorece la absorción.

También es cosa averiguada que la parte mineral de las tierras sólo retiene entre sus moléculas el oxígeno en virtud de la intervención del hierro, y en razón directa de la parte de este que pasa á un grado superior de oxidación. Resultado de esto, y á expensas del hidrógeno del agua y del azoe del aire, se produce amoníaco, cuya presencia en la tierra favorece singularmente el desarrollo de la vegetación.

Puede, de consiguiente, calificarse esta propiedad, y con sobrada razón, de una de las más importantes de las tierras, pues por su intermedio no sólo se producen en el suelo reacciones químicas que suministran á las plantas los elementos combustibles más indispensables para su desarrollo, sino que estos y los que proceden de la atmósfera llegan en virtud de dicha acción hasta las raicillas mismas, por donde penetran en el organismo vegetal. También se fundan en tan preciosa propiedad todas las prácticas y labores que, removiendo el suelo, tienden á renovar y aumentar la superficie de contacto de la tierra con la atmósfera.

SÉTIMA Y ÚLTIMA PROPIEDAD.

ABSORCIÓN DEL CALOR.

Siendo el calor uno de los agentes físicos que más directamente contribuye al desarrollo de las plantas, conviene saber en qué principios se funda la propiedad de que gozan en diferente grado las tierras de absorberlo ó reflejarlo, y de retenerle en el primer caso entre sus moléculas.

La temperatura de la tierra varía no sólo en las diferentes horas del día en que se examina, sino también según la naturaleza del suelo, la exposición, los vientos reinantes, etc., etc.

Cuando la atmósfera está en calma, se observa que la tierra es más cálida que el aire durante el día, y por el contrario, más fresca que el ambiente durante la noche.

La coloración de las tierras influye de un modo directo en la absorción ó reflexión del calor y de la luz, siendo ésta, como se sabe, compañera insepa-

ble de aquel. Con efecto, los colores no son, si se quiere, una cualidad propia de los cuerpos, sino más bien el efecto de una modificación de la luz, de cuyos rayos algunos son absorbidos, mientras que los otros se reflejan por el cuerpo que se examina. De consiguiente, el color de un cuerpo cualquiera es el de aquellos rayos que refleja en virtud de la escasa afinidad que por ellos tiene. Siendo la luz blanca ó tirando á blanco; resulta que cuando un cuerpo la refleja en su totalidad, afecta dicho color, y por el contrario, es negro cuando los absorbe todos.

No es de extrañar, pues, que el poder absorbente del calor por las tierras esté en razón directa de la diferente coloración que ofrecen. La influencia de la coloración en el temple de las tierras es tal, que cuando por cualquier medio se logra que una tierra blanca afecte tintas oscuras ó negras, su temperatura aumenta en un 50 por 100, con la particularidad de no ser esta una acción pasajera, sino que permanece mientras está sujeta á la influencia solar.

Otra de las circunstancias que también contribuyen á determinar el poder absorbente de las tierras por el calor es la naturaleza de sus elementos componentes. Bajo este punto de vista puede formarse una escala cuyo término entre el máximo que lo representa la arena caliza y silícea y el humus ó el carbonato de magnesia que ocupan el mínimo, son el yeso, la arcilla y la caliza pulverulenta. De donde se desprende también que hasta cierto punto esta propiedad está enlazada con la densidad diferente de las diversas sustancias que predominan en la composición de las tierras, pues la escala está representada por iguales términos.

La evaporación del agua, así como su absorción, determinan también ciertos cambios termométricos, según ya indicamos al tratar de estas dos propiedades.

COLORACIÓN DE LA TIERRA.

Los diferentes matices que ofrecen las tierras, dependen principalmente de su composición, y también de aquellas sustancias que se interponen entre sus moléculas como materias tintóreas, entre las cuales deben citarse, como más importantes, los óxidos de hierro y de manganeso, y el carbono en estado de mantillo; determinando por su coloración más ó menos oscura un aumento á veces muy considerable de temperatura en las tierras, según ha demostrado Schubler en los experimentos que practicó con este fin, de los cuales resulta, que la misma sustancia mineral, según su coloración blanca ó negra, acusa una diferencia de temperatura hasta de siete y ocho grados; lo cual se traduce también en la calidad y en la época en que maduran los frutos. Así se observa, por ejemplo, que los vinos que se obtienen en tierras de colores claros son menos

espirituosos y algo más tardíos que los de colores oscuros, sirviendo estas tintas de las tierras para determinar en las regiones vinícolas más importantes, tales como, por ejemplo, en la Borgoña, las comarcas de vinos blancos y de color. No se limita, sin embargo, la influencia del color de las tierras al cultivo de la vid y del arbolado, sino que se extiende á todas las plantas; pues aún cuando los cereales y las leguminosas cubren pronto la superficie del terreno, no lo hacen de un modo tan completo que deje de sentirse la influencia debida á la coloración de la tierra que con la composición mineral, el grado relativo de humedad y la diferente inclinación con que reciben los rayos solares determinan el calor de la tierra. Este agente actúa sobre las plantas directamente y por irradiación: en el primer caso, acelera la germinación y lo comunica á los tejidos por la conductibilidad de éstos. En cuanto á la irradiación del calor, es de grande importancia, pudiendo considerar á la tierra, bajo este punto de vista, como un depósito de calórico que se comunica á los vegetales y al aire ambiente, de noche como de día; razón por la cual, aquellas plantas que, como la vid, necesitan una alta temperatura sostenida por bastante tiempo para dar sazonados frutos, se encuentran bien en terrenos secos, pedregosos y de colores oscuros, por gozar éstos la propiedad de absorber mucho calor solar y cederlo despues por irradiación.

Tratándose de sustancias colorantes de la tierra, conviene consignar la observación hecha por Gasparin, de que cuando el óxido de hierro se encuentra en abundancia en una tierra arenosa-silíceas, en un clima meridional, aquella es casi estéril; al paso que en los países del Norte, la misma sustancia, favoreciendo la elevación de temperatura, permite cultivar ciertas plantas que sin la intervención del hierro no podrían madurar.

Por último, el grado de inclinación con que la tierra recibe los rayos solares, á lo cual no puede ménos de contribuir poderosamente su exposición, influye de un modo tan directo en la temperatura de las tierras, que puede asegurarse que ésta es la principal causa del calor de la superficie del globo.

24 Abril.

JUAN VILANOVA.

MISCELÁNEA.

La aprension.

Es una variedad del miedo; es el miedo de estar enfermo.

En el cerebro del aprensivo pasan dos distintos fenómenos: el miedo, que propone la enfermedad;

y la imaginación, que se encarga de representarla.

Este doble fenómeno, miedo y alucinación, constituyen una verdadera enfermedad cerebral.

De aquí que el aprensivo y su médico no acierten á entenderse nunca: el aprensivo empeñado en probar que su enfermedad no es aprensión, y el médico persuadido de que aquella aprensión es una enfermedad.

El aprensivo es como el crítico, que no necesita tener motivos para criticar, sino que para ello le basta ser crítico.

De la misma suerte, pues, que cuanto se diga y se haga para acallar la crítica es inútil, excusado será lo que se intente para tranquilizar á un aprensivo.

Bajo este punto de vista, el aprensivo es un loco manso, de la especie «de los que aún no tiran piedras.»

Dos aspectos encontrados ofrece el aprensivo: uno interior, que hace llorar; otro exterior, que hace reír.

Importa, pues, dictar dos reglas de conducta: una al mismo interesado, y otra á un espectador ó amigo.

Si eres tú el aprensivo, lector, ponte en guardia; ni creas en los males que te forja tu imaginación ni en la salud que tus amigos dicen que ven en tí. Estás enfermo; lo estás de veras, nada ménos que de los sesos: sólo tu propia energía moral podrá sanarte.

Si eres, lector, el amigo del aprensivo, no le contradigas, no le irrites: si tienes influjo en su suerte, llénale de obligaciones y quebraderos graves de cabeza, remedio supremo contra tamaña enfermedad, á ver si logras ponerle en el caso de aquel comerciante tan activo que «nunca estaba enfermo, porque no tenía tiempo.»

(*El Progreso Médico.*)

Los tulipanes.

Con motivo del anuncio de que en la Exposición de 1878 figurará una variedad infinita de tulipanes remitidos de Holanda, procedentes de las colecciones reales, la *Gaceta comercial, fabril y agrícola* de Sevilla da las siguientes noticias respecto á esas plantas bulbosas, productos de la familia de las liliáceas que no se asemejan á otro alguno, y para las cuales existen admiradores poseídos de un entusiasmo que raya en monomanía, á quienes se designaba antiguamente en el Norte con el nombre de *locos tulíperos*:

«En Holanda, durante el siglo XVII, era tan elevado el precio de los tulipanes, que enriqueció á infinitos cultivadores. Era esta planta objeto de un culto que degeneraba en manía, y las extravagancias de los *locos tulíperos* ultrapasaban todos los

límites. Así se vió cotizar los tulipanes en la Bolsa de Haarlem: el cesto de los tuliperos, como el de los agentes de cambio, era asaltado por los monomaniacos, que se arrancaban una variedad de la flor cual hoy se disputan los valores de primer orden. Ciertas cebollas alcanzaron valores fabulosos: el *Almirante Lieskens* costaba 4.000 florines, el *Semper Augustus* 2.000 florines. Un día llegó en que solo quedaron dos ejemplares de este último tulipan, uno en Haarlem y el otro en Amsterdam. Pues bien, ¿quiere saberse á qué valor llegaron? Por uno se ofrecieron 4.600 florines y además una carretela con su correspondiente tiro de magníficos caballos y arneses; por el otro 12 arpentas de tierra, ó sean 6 yugadas aproximadamente, y... el oferente quedó sin la flor.

En la época á que nos referimos, ascendía en Holanda á más de 10.000.000 de francos la cifra anual del valor del comercio de los tulipanes. Una sola coleccion ascendió en una licitacion á 9.000 florines; y en Francia mismo, en Lille, un aficionado, pero un aficionado rematado, cedió una magnífica cervecería en explotacion, tasada en 6.000 duros, en cambio de una cebolla de tulipan, de una sola, perteneciente á una variedad que con motivo de la maravillosa baratura fué denominada *Tulipan Cervecería (Tulipe brasserie)*. Tan rara manía fué apoderándose poco á poco de todos los ánimos á medida que la aficion iba desarrollándose en Francia por el cultivo de los tulipanes. En el Norte dábase un molino en cambio de una cebolla de la variedad conocida con el nombre de *Mère brune* (madre morena); y un aficionado, enamorado de la hija de un cultivador, no quiso por dote sino una cebolla de la variedad que desde entónces se llamó *Mariage de ma fille*. Es cierto que tales pretensiones no tendrían eco en los tiempos actuales; y un yerno que se contentara con un tulipan merecería perpetuar su nombre en la historia; pero esta clase de estipulaciones estaban en uso hace ciento cincuenta años, y por ser muy frecuentes demuestran el grado de aprecio á que llegó la planta á que nos referimos.

Como muestra de mayores extravagancias tuliperas, es curioso citar la siguiente anécdota:

Un pobre zapatero de La Haya llegó á producir un tulipan negro! La fama de tal maravilla vegetal se esparció rápidamente, y una mañana el zapatero recibió la visita de una comision de la Sociedad Tulípera de Haarlem. Examinóse la flor, regateóse su precio, se ofrecieron á su dueño 200, 300, 400 y luégo 1.500 florines por ella. El pobre hombre, alucinado por aquella suma, cedió la planta negra, y apénas satisfecho el precio, la comision cogió la flor, cortó en pedazos y la pisoteó, destrozándola por completo.

—Imbécil,—dijeron luégo al zapatero asombrado:—nosotros tenemos tambien un tulipan negro en el jardin de nuestra Sociedad; pero ahora ya no tiene precio, porque desde que no existe el tuyo el nuestro es el único del universo... Si nos hubieras exigido por tu flor 10.000 florines, tambien te los habríamos dado.

Cuéntase que el zapatero murió de pena al saberlo.

En comprobacion de las anteriores líneas, nuestro *Diccionario Enciclopédico*, impreso en Madrid en 1866, dice que á esta planta le sirve de tipo el *Tulipan Gesneriano*, que crece espontáneamente en Toscana, en Calabria y en el Cáucaso. Esta especie es la más universalmente cultivada, y en algunos puntos, como en Holanda y en el Norte de Francia, tiene un valor exorbitante. A fines del siglo pasado la aficion hácia estas plantas llegó á ser una especie de frenesí, y hubo familias que quedaron completamente arruinadas por satisfacer el deseo de poseer una de sus cebollas. En Oriente, y especialmente en Persia, forman casi un objeto de culto, y todos los años, en la época de su florescencia, se celebra la fiesta de los tulipanes.»

Dos nuevos cometas.

Dos nuevos cometas telescópicos se han descubierto recientemente.

El primero, en Strasburgo, el 5 de Abril último, por M. Winnecke, en la constelacion de Pegaso, á 22^h 8^m de ascension recta y 14° 54' de declinacion boreal. Su paso por el perihelio tuvo lugar el día 18 de Abril y hasta el 1.º de Mayo fué aumentando su brillo. En ese tiempo se encontró, pues, en magnificas condiciones para la observacion. Los aficionados á la astronomía, con el auxilio de un antejo que tuviera por lo ménos de 5 á 6 centímetros de luz, han podido distinguirlo fácilmente. Ofrecía el aspecto de una nube circular, ligeramente condensada en el centro con una cola claramente pronunciada, como de un metro de extension, desarrollándose en direccion contraria al sol, en cono parabólico.

El segundo cometa lo descubrieron casi al mismo tiempo, en Nueva-York, M. Lewis Swift y en Manilla M. Borelly, astrónomo de aquel observatorio, á 1^h 6^m de ascension recta y 55° 4' de declinacion boreal. Es ménos brillante que el anterior, y no se distingue sino con instrumentos de poderoso alcance, en los que sólo se representa como una débil nebulosidad redonda, sin foco luminoso y sin cola. El día 22 se hallaba en la constelacion de Casiopea,